

ESGLÉSIA DE MIENORCA

ALOCUCIÓ DEL SUMO PONTIFICE JUAN PABLO II, EN OCASION DEL JUEVES SANTO,

Amadíssims Hermanos en el Episcopado:

Se acerca el gran día en que, participando en la liturgia del Jueves Santo con nuestros hermanos en el sacerdocio, meditaremos el don inestimable, del que nos her

da de Cristo Eterno Sacerdote. En ese mismo día, antes de celebrar la liturgia In coena Domini, nos recordemos en vuestras catedrales para renovar nuestra entrega al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia ante Aquél que se ha entregado por ella.

En este día santo, la liturgia nos invita a renovar el espíritu de gratitud, con palabras del divino Maestro, palabras que nos ayudan a renovar nuestra entrega al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia ante Aquél que se ha entregado por ella.

La plenitud de la caridad y de la vida. Homilias del Papa Juan Pablo II. Mensaje de S. Juan Pablo II en la Jornada Mundial de la Juventud por las Vocaciones.

En el espíritu de la Encíclica "Evangelium nuntiandum" del Papa Pablo VI, el Papa Juan Pablo II nos invita a renovar nuestra entrega al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia ante Aquél que se ha entregado por ella.

Acta de la sesión del 28 de marzo de 1979. Consejo Presbiterial de la Diócesis de Menorca.

Podemos decir que el Papa Juan Pablo II nos invita a renovar nuestra entrega al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia ante Aquél que se ha entregado por ella.

**Butletí oficial
del Bisbat**

SUMARI

JOAN PAU II

CARTAS DEL SUMO PONTIFICE JUAN PABLO II, EN OCASION DEL JUEVES SANTO,

a todos los obispos de la Iglesia pàg. 119

a todos los sacerdotes de la Iglesia pàg. 122

MENSAJE DE S. S. JUAN PABLO II EN LA XVI JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONES

..... pàg. 137

DOCUMENTS DEL BISBE

“La plenitud de la caritat i de la vida”. Homilia del

Dijous Sant pàg. 140

Ses catequesis del Bisbe pàg. 143

Telegrama al Sant Pare, Joan Pau II pàg. 145

CONSELL PRESBITERAL

Acta de la sessió del 28 de març de 1979 pàg. 146

INFORMACIO DIOCESANA

Missa Crismal a Es Migjorn. Setmana Santa al Toro, Missatge

Pasqual. De cara al mes de Maig pàg. 148

JOAN PAU II

CARTAS DEL SUMO PONTIFICE JUAN PABLO II, EN OCASION DEL JUEVES SANTO,

a todos los obispos de la Iglesia

Amadísimos Hermanos en el Episcopado:

Se acerca el gran día en que, participando en la liturgia del Jueves Santo con nuestros hermanos en el sacerdocio, meditaremos el don inestimable, del que nos hemos hechos partícipes en virtud de la llamada de Cristo Eterno Sacerdote. En ese mismo día, antes de celebrar la liturgia **In coena Domini**, nos reuniremos en nuestras catedrales para renovar nuestra entrega al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia ante Aquél que se ha hecho "obediente por nosotros hasta la muerte" (1) en total entrega a la Iglesia, su esposa.

En este día santo, la liturgia nos introduce en el Cenáculo donde, con sentimientos de gratitud, nos ponemos a la escucha de las palabras del divino Maestro, palabras llenas de solicitud para cada generación de obispos llamados a asumir, después de los Apóstoles, el cuidado de la Iglesia, del rebaño, de la vocación de todo el Pueblo de Dios, del anuncio de la Palabra de Dios, de todo el ordenamiento sacramental y moral de la vida cristiana, de las vocaciones sacerdotales y religiosas, del espíritu fraterno en la comunidad. Cristo dice: "no os dejaré huérfanos, vendré a vosotros". (2) Precisamente este Santo Triduo de la pasión, muerte y resurrección del Señor reaviva en nosotros, en alto grado, no sólo la memoria de su partida, sino también la fe en su retorno, en su continua venida. En efecto, ¿qué significan las palabras: "yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo"? (3)

En el espíritu de esta fe, que llena todo el Triduo, mi deseo, Venerables y amados Hermanos, es que nosotros sintamos de nuevo en nuestra vocación y en nuestro ministerio episcopal, de manera especial en este año, primero de mi pontificado, aquella unidad de la que fueron partícipes los Doce, cuando se hallaban reunidos con nuestro Señor para la última Cena. Fue precisamente allí, donde oyeron las palabras más honrosas y al mismo tiempo más comprometedoras: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca". (4)

¿Podemos acaso añadir algo a estas palabras? ¿No deberemos más bien, frente a la grandeza del misterio que hoy celebramos, detenernos con humildad y gratitud ante ellas? Se hace así aún más profunda en

nosotros la conciencia del don que hemos recibido del Señor mediante la vocación y la ordenación episcopal. En efecto, el don de la plenitud sacramental del sacerdocio es superior a todas las fatigas y a todos los sufrimientos inherentes a nuestro ministerio pastoral en el Episcopado.

El Concilio Vaticano II nos ha recordado e ilustrado claramente que este ministerio, aun siendo un deber personal de cada uno, lo cumplimos sin embargo en la comunión fraterna de todo el Colegio o "cuerpo" episcopal de la Iglesia. Por tanto, si nos dirigimos justamente a todo hombre y, de manera especial, a todo cristiano con la palabra "hermano", esta palabra asume un significado muy especial con respecto a nosotros Obispos y a nuestras recíprocas relaciones: se remonta directamente en cierto sentido al espíritu de fraternidad que reunió a los Apóstoles en torno a Cristo, a la misma amistad con la que Cristo los honró y por medio de la cual les unió entre sí, como atestiguan las palabras antes citadas del Evangelio de Juan.

Es pues de desear, Venerables y amadísimos Hermanos, hoy de modo especial, que todo lo que el Concilio Vaticano II ha renovado de manera tan maravillosa en nuestra conciencia, asuma un carácter de colegialidad cada vez más maduro, tanto como principio de nuestra colaboración (**collegialitas efectiva**), cuanto como carácter de cordial vínculo fraterno (**collegialitas afectiva**), para edificar el Cuerpo Místico de Cristo y para profundizar la unidad de todo el Pueblo de Dios.

Durante el encuentro en vuestras catedrales con los sacerdotes diocesanos y religiosos que forman el **presbyterium** de vuestras Iglesias particulares, de vuestras diócesis, recibiréis de ellos —como está previsto— la renovación de las promesas depositadas en vuestras manos de Obispos, el día de su ordenación sacerdotal. Teniendo esto presente, dirijo aparte una carta a los sacerdotes, que, como espero, os sirva a vosotros y a ellos para vivir más profundamente aún esa unidad, ese misterioso vínculo que nos une en el único sacerdocio de Jesucristo, llevado a cabo mediante el sacrificio en la cruz que le mereció a El "la entrada en el santuario". (5) Espero, Venerables Hermanos, que estas palabras mías dirigidas a los sacerdotes, al comienzo de mi ministerio en la Cátedra de San Pedro, os ayuden también a vosotros a corroborar aún más la comunión y unidad de todo el **presbyterium**, (6) que tienen su base en nuestra comunión colegial y unidad en la Iglesia.

Se renueve también vuestro amor hacia los sacerdotes que el Espíritu Santo os ha dado y confiado como los más estrechos colaboradores en vuestra tarea pastoral. Cuidadlos como hijos predilectos, hermanos y amigos. Acordaos de todas sus necesidades. Preocupaos especialmente por su perfeccionamiento espiritual, por su perseverancia en la gracia del sacramento del sacerdocio. Dado que en vuestras manos depositan y renuevan cada año sus promesas sacerdotales, en especial su compromiso de celibato, haced todo lo posible para que permanezcan fieles a estas promesas, tal como lo exige la santa tradición de la Iglesia, tradición nacida del mismo espíritu del Evangelio.

Esta solicitud por nuestros hermanos en el ministerio sacerdotal se extienda también a los seminarios eclesiológicos, que constituyen en toda la Iglesia y en cada una de sus partes una prueba elocuente de su vitalidad y fecundidad espiritual, que se expresan precisamente en la disponibilidad a entregarse de manera exclusiva al servicio de Dios y de las almas. Hoy día es necesario hacer de nuevo todos los esfuerzos posibles para suscitar vocaciones, para formar nuevas generaciones de candidatos al sacerdocio, de futuros sacerdotes. Hay que hacerlo con auténtico espíritu evangélico y, al mismo tiempo, "leyendo" justamente los signos de los tiempos, a los que el Concilio Vaticano II ha prestado tan grande atención. La plena revitalización de la vida de los seminarios en toda la Iglesia será la mejor prueba de una efectiva renovación, hacia la cual el Concilio ha orientado a la Iglesia.

Venerables y amados Hermanos: Todo esto que os escribo, preparándome para vivir en profundidad el Jueves Santo —la "fiesta" de los sacerdotes— quiero asociarlo estrechamente al deseo manifestado a los Apóstoles aquel día por su amadísimo Maestro: "para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca". (7) Podemos dar este fruto solamente si permanecemos en Él: en la vida. (8). Él nos lo ha dicho claramente en el discurso de despedida, el día antes de Pascua: "el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada". (9) ¿Qué más podría desearos, amadísimos Hermanos, qué más podríamos desearnos mutuamente, si no esto: permanecer en Él, en Jesucristo y dar fruto, un fruto que permanece?

Aceptad estos deseos. Tratemos de hacer más profunda aún nuestra unidad; tratemos de vivir con mayor intensidad el santo Triduo de la Pascua de nuestro Señor Jesucristo.

Vaticano, 8 de abril, domingo de Ramos en la Pasión del Señor del año 1979, primero de mi Pontificado.

JOANNES PAULUS P P. II

-
- (1) Fil 2, 8.
 - (2) Jn 14, 18.
 - (3) Mt 28, 20.
 - (4) Jn 15, 15s.
 - (5) Cfr. Heb 9, 12.
 - (6) Cfr. Const. dogm. Lumen Gentium, 28.
 - (7) Jn 15, 16.
 - (8) Cfr. Jn 15, 1-8.
 - (9) Jn 15, 5.

a todos los sacerdotes de la Iglesia

Queridos Hermanos Sacerdotes:

1. PARA VOSOTROS SOY OBISPO, CON VOSOTROS SOY SACERDOTE

Al comienzo de mi nuevo ministerio en la Iglesia, siento profundamente la necesidad de dirigirme a vosotros, a todos vosotros sin excepción, Sacerdotes diocesanos y religiosos, que sois mis hermanos en virtud del sacramento del Orden. Deseo desde el principio expresar mi fe en la vocación que os une a vuestros Obispos, en una comunión peculiar de sacramento y de ministerio, mediante la cual se edifica la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. A todos vosotros pues que, en virtud de una gracia especial y por una entrega singular a nuestro Salvador, soportáis el peso del día y el calor, (1) entre las múltiples ocupaciones del servicio sacerdotal y pastoral, se dirigen mi pensamiento y mi corazón desde el momento en que Cristo me ha llamado a esta Cátedra, sobre la que en otro tiempo San Pedro respondió a fondo, con su vida y su muerte, a la pregunta: "¿Me amas? ¿me amas tú más que estos...?". (2)

Pienso incesantemente en vosotros, rezo por vosotros y con vosotros **busco los caminos de la unión espiritual y de la colaboración**, porque sois hermanos míos en virtud del sacramento del Orden, que hace tiempo yo recibí también de manos de mi Obispo (el Arzobispo de Cracovia Cardenal Adán Esteban Sapiuha, de inolvidable recuerdo). Adaptando, pues, las palabras de San Agustín, (3) quiero deciros hoy: "Para vosotros soy Obispo, con vosotros soy Sacerdote". Hoy, en efecto, hay un motivo especial que me impulsa a confiaros algunos pensamientos que recojo en esta Carta: la inminencia del Jueves Santo. Es ésta la fiesta anual de nuestro sacerdocio, que reúne a todo el Presbiterio de cada Diócesis alrededor de su Obispo en la celebración en común de la Eucaristía. Es en este día cuando todos los Sacerdotes son invitados a renovar ante el propio Obispo y junto con él, las promesas hechas en el momento de la Ordenación sacerdotal; y esto me permite, junto con todos mis Hermanos en el Episcopado, encontrarme con vosotros asociado en una unidad peculiar y, sobre todo, encontrarme en el centro mismo del misterio de Jesucristo, del que todos participamos.

El Concilio Vaticano II, que de manera tan explícita ha puesto de relieve la colegialidad del Episcopado en la Iglesia, ha dado también una nueva forma a la vida de las comunidades sacerdotales, unidas entre sí por un vínculo especial de hermandad y unidad con el Obispo de cada Iglesia particular. Toda la vida y el ministerio sacerdotal sirven para profundizar y reforzar esta vinculación; en cambio por las distintas funciones concernientes a esta vida y ministerio, asumen, entre otras cosas, una especial responsabilidad los Consejos Presbiterales que, en conformidad con el pensamiento del Concilio y del Motu proprio **Ecclesiae Sanctae** de Pablo VI, deben actuar en cada diócesis. (4) Todo esto mira

4. EL SACERDOTE, DON DE CRISTO PARA LA COMUNIDAD

a que cada Obispo, en unión con su Presbiterio, pueda servir de la manera más eficaz a la gran causa de la evangelización. Mediante este servicio la iglesia realiza su misión, es más, su propia naturaleza. La importancia que tiene aquí la unidad de los Sacerdotes con el propio Obispo está confirmada por las palabras de San Ignacio de Antioquía: "Os exhorto ahora a que realicéis todas las cosas en la concordia de Dios, bajo la presidencia del obispo, que ocupa el lugar de Dios; de los Presbíteros, que representan el senado de los Apóstoles, y de los diáconos, a quienes venero con especial predilección y que tienen encomendado el servicio de Jesucristo...". (5)

2. NOS UNE EL AMOR DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

No es mi intención exponer en esta Carta todo lo que constituye la riqueza de la vida y del ministerio sacerdotal. Me remito, a este propósito, a toda la tradición del Magisterio de la Iglesia y, de modo particular, a la doctrina del Concilio Vaticano II, contenida en sus distintos Documentos, sobre todo en la Constitución **Lumen gentium** y en los Decretos **Presbyterorum ordinis** y **Ad gentes**. Me remito también a la Encíclica de mi Predecesor Pablo VI **Sacerdotalis caelibatus**. En fin, quiero dar gran importancia al Documento **De Sacerdotio ministeriali**, que el mismo Pablo VI aprobó como fruto de los trabajos del Sínodo de los Obispos de 1971, ya que encuentro en él, —aunque aquella Sesión que lo había elaborado tuviera carácter consultivo— una declaración de importancia esencial por lo que se refiere al aspecto específico de la vida y del ministerio sacerdotal en el mundo contemporáneo.

Haciendo pues referencia a todas estas fuentes, conocidas por vosotros, deseo con la presente Carta **señalar solamente algunos puntos**, que me parecen de capital importancia en este momento de la historia de la Iglesia y del mundo. Son palabras, éstas, inspiradas por el amor a la Iglesia, la cual estará en condiciones de cumplir su misión respecto al mundo, solamente si —a pesar de toda la debilidad humana— mantiene la fidelidad a Cristo. Sé que me dirijo a aquellos a quienes sólo el amor de Cristo ha concedido con vocación específica entregarse al servicio de la Iglesia y, en la Iglesia, al servicio del hombre para la solución de los problemas más importantes, ante todo los que miran a su salvación eterna.

Aunque al principio de estas consideraciones hago referencia a muchas fuentes escritas y a documentos oficiales, sin embargo me inspiro sobre todo en la fuente viva que es nuestro amor común a Cristo y a su Iglesia, amor que nace de la gracia de la vocación sacerdotal, amor que es el don más grande del Espíritu Santo. (6)

3. "TOMADO DE ENTRE LOS HOMBRES..., INSTITUIDO EN FAVOR DE LOS HOMBRES" (7)

El Concilio Vaticano II ha profundizado la concepción del sacerdocio, presentándolo, en el conjunto de su magisterio, como expresión

de las fuerzas interiores, de ese "dinamismo" por medio del cual se configura la misión de todo el Pueblo de Dios en la Iglesia. Conviene hacer referencia aquí sobre todo a la Constitución **Lumen gentium**, repasando atentamente los párrafos correspondientes. La misión del Pueblo de Dios se realiza mediante la participación en la función y en la misión del mismo Jesucristo, que —como es sabido— tiene una triple dimensión: es misión y función de Profeta, de Sacerdote y de Rey. Analizando con atención los textos conciliares, está claro que conviene hablar más bien de una triple dimensión del servicio y de la misión de Cristo que de tres funciones distintas. De hecho, están íntimamente relacionadas entre sí, se despliegan recíprocamente, se condicionan también recíprocamente y recíprocamente se iluminan. Por consiguiente, es de esta triple unidad de donde fluye nuestra participación en la misión y en la función de Cristo. Como cristianos, miembros del Pueblo de Dios y, sucesivamente, como sacerdotes, partícipes del orden jerárquico, nuestro origen está en el conjunto de la misión y de la función de nuestro Maestro que es Profeta, Sacerdote y Rey, para dar un testimonio particular en la Iglesia y ante el mundo.

El sacerdocio del que participamos por medio del sacramento del Orden, que ha sido "impreso" para siempre en nuestras almas mediante un signo especial de Dios, es decir, el "carácter", **está relacionado explícitamente con el sacerdocio común de los fieles**, es decir, de todos los bautizados y, al mismo tiempo, se diferencia de éste "esencialmente y no sólo en grado". (8) De este modo cobran pleno significado las palabras del autor de la carta a los Hebreos sobre el sacerdote, el cual "tomado de entre los hombres, es instituido en favor de los hombres". (9)

A este respecto, es mejor leer una vez más todo este clásico texto conciliar, que expone las verdades fundamentales sobre el tema de nuestra vocación en la Iglesia:

"Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. Heb 5, 1-5), hizo de su nuevo pueblo... un reino y sacerdotes para Dios, su Padre (Ap 1, 6; cf. 5, 9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquél que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 Pe 2, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf. Act 2, 42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rom 12, 1) y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (cf. 1 Pe 3, 15).

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal, realiza el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios. Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante". (10)

4. EL SACERDOTE, DON DE CRISTO PARA LA COMUNIDAD

Debemos considerar a fondo no sólo el significado teórico, sino incluso el existencial de la mutua "relación", que existe entre sacerdocio jerárquico y sacerdocio común de los fieles. Si entre ellos hay diferencia no sólo de grado sino también de esencia, ello es fruto de una riqueza particular del mismo sacerdocio de Cristo, que es el único centro y la única fuente tanto de la participación que es propia de todos los bautizados, como de esa otra participación a la que se llega por medio de un sacramento distinto, precisamente el sacramento del Orden. Este sacramento, queridos Hermanos, específico para nosotros, fruto de la gracia peculiar de la vocación y base de nuestra identidad, en virtud de su misma naturaleza y de todo lo que él produce en nuestra vida y actividad, ayuda a los fieles a ser conscientes de su sacerdocio común y a actualizarlo: (11) les recuerda que son Pueblo de Dios y los capacita para "ofrecer sacrificios espirituales", (12) mediante los cuales Cristo mismo hace de nosotros don eterno al Padre. (13) Esto sucede, ante todo, cuando el sacerdote "por la potestad sagrada de que goza,...realiza el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo (**in persona Christi**) y lo ofrece en nombre de todo el pueblo", (14) como leemos en el citado texto conciliar.

Nuestro sacerdocio sacramental, pues, es sacerdocio "jerárquico" y al mismo tiempo "ministerial". Constituye un **ministerium** particular, es decir, es "servicio" respecto a la comunidad de los creyentes. Sin embargo, no tiene su origen en esta comunidad, como si fuera ella la que "llama" o "delega". Este es, en efecto, don para la comunidad y procede de Cristo mismo, de la plenitud de su sacerdocio. Tal plenitud encuentra su expresión en el hecho de que Cristo, haciéndonos a todos idóneos para ofrecer el sacrificio espiritual, llama a algunos y los capacita para ser ministros de su mismo Sacrificio sacramental, la Eucaristía, a cuya oblación concurren todos los fieles y en la que se insertan los sacrificios espirituales del Pueblo de Dios.

Conscientes de esta realidad comprendemos de qué modo nuestro sacerdocio es "**jerárquico**", es decir, relacionado con la potestad de formar y dirigir el pueblo sacerdotal (15) y **precisamente por esto, "ministerial"**. Realizamos esta función mediante la cual Cristo mismo "sirve" incesantemente al Padre en la obra de nuestra salvación. Toda nuestra existencia sacerdotal está y debe estar impregnada profundamente por este servicio, si queremos realizar de manera real y adecuada el Sacrificio eucarístico **in persona Christi**.

El sacerdocio requiere una peculiar integridad de vida y de servicio, y precisamente esta integridad conviene profundamente a nuestra identidad sacerdotal. En ella se expresa, al mismo tiempo, la grandeza de nuestra dignidad y la "disponibilidad" adecuada a la misma: se trata de humilde prontitud para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para darles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del

sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos.

Ya que el sacerdocio nos es dado para servir incesantemente a los demás, como hacía Jesucristo, no se puede renunciar al mismo a causa de las dificultades que encontramos y de los sacrificios que se nos exigen. Igual que los Apóstoles, "nosotros lo hemos dejado todo y hemos seguido a Cristo"; (16) debemos, por eso, perseverar junto a El incluso en el momento de la cruz.

5. AL SERVICIO DEL BUEN PASTOR

Mientras escribo, tengo ante mis ojos, en lo hondo de mi alma, los más amplios y variados sectores de la vida humana, a la que, queridos Hermanos, sois enviados como obreros de la viña del Señor. (17) Sirve también para vosotros la comparación del rebaño, (18) dado que, gracias al carácter sacerdotal, participáis del **carisma pastoral**, lo cual es señal de una peculiar relación **de semejanza a Cristo, Buen Pastor**. Vosotros precisamente estáis revestidos de esa condición de una manera muy especial. Aunque la solicitud por la salvación de los demás sea y deba ser también tarea de cada miembro de la gran comunidad del Pueblo de Dios, o sea de todos nuestros hermanos y hermanas seglares —como ha declarado tan ampliamente el Concilio Vaticano II (19)—, sin embargo se espera de vosotros, Sacerdotes, una solicitud y un empeño mayor diverso que el del seglar; y esto porque vuestra participación en el sacerdocio de Jesucristo difiere de la suya "esencialmente, y no sólo en grado". (20)

De hecho, el sacerdocio de Jesucristo es la primera fuente y la expresión de una diligencia incesante y siempre eficaz para nuestra salvación, que nos permite mirar particularmente a El como al Buen Pastor. Las palabras "el buen pastor da su vida por las ovejas", (21) ¿no se refieren tal vez al Sacrificio de la Cruz, al acto definitivo del Sacerdocio de Cristo? ¿No nos indican tal vez a todos nosotros, a quienes Cristo Señor mediante el sacramento del Orden ha hecho participantes de su Sacerdocio, el camino que también nosotros debemos recorrer? ¿Estas palabras no nos dicen tal vez que nuestra vocación es una singular **solicitud por la salvación de nuestro prójimo**? ¿que esta solicitud es una particular **razón de ser** de nuestra vida sacerdotal? ¿que precisamente ella le da sentido, y que sólo a través de ella podemos encontrar el pleno sentido de nuestra propia vida, de nuestra perfección y de nuestra santidad? Este tema lo trata, en diversos capítulos, el Decreto conciliar **Optatam totius**. (22)

Este problema, sin embargo, se hace más comprensible a la luz de las palabras de nuestro mismo Maestro, que dice: "Quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ése la salvará". (23) Son, éstas, palabras misteriosas, y parecen una paradoja. Pero dejan de ser misteriosas, si intentamos ponerlas en práctica. En-

tonces la paradoja desaparece y se manifiesta plenamente la profunda sencillez de su significado. Que a todos nosotros se nos conceda esta gracia en nuestra vida sacerdotal y en nuestro servicio lleno de celo.

6. "ARTE DE LAS ARTES ES LA GUIA DE LAS ALMAS" (24)

La solicitud particular por la salvación de los demás, por la verdad, por el amor y la santidad de todo el Pueblo de Dios, por la unidad espiritual de la Iglesia, que nos ha sido encomendada por Cristo junto con la potestad sacerdotal, se realiza de varias maneras. Ciertamente son diversos los caminos a lo largo de los cuales, queridos Hermanos, desarrolláis vuestra vocación sacerdotal. Unos en la pastoral común parroquial; otros en tierras de misión; otros en el campo de las actividades relacionadas con la enseñanza, la instrucción y la educación de la juventud, trabajando en ambientes y organizaciones diversas, y acompañando el desarrollo de la vida social y cultural; finalmente, otros junto a los que sufren, a los enfermos, a los abandonados; a veces, vosotros mismos clavados en el lecho del dolor. Son varios estos caminos, y resulta casi imposible citar separadamente cada uno de ellos. Necesariamente éstos son numerosos y diferentes, ya que la estructura de la vida humana, de los procesos sociales, de las tradiciones históricas y del patrimonio de las distintas culturas y civilizaciones son diversos. No obstante, en medio de estas diferencias, **sois siempre y en todo lugar portadores de vuestra específica vocación:** sois portadores de la gracia de Cristo, Eterno Sacerdote, y del carisma del Buen Pastor. No lo olvidéis jamás; no renunciéis nunca a esto; debéis actuar conforme a ello en todo tiempo, lugar y modo. En esto consiste el arte máxima, a la que Jesucristo os ha llamado. "Arte de las artes es la guía de las almas", escribía San Gregorio Magno.

Os digo, por tanto, siguiendo sus palabras: esforzaos por ser los "maestros" de la pastoral. Ha habido ya muchos en la historia de la Iglesia. ¿Es necesario citarlos? Nos siguen hablando a cada uno de nosotros, por ejemplo, San Vicente de Paúl, San Juan de Avila, el Santo Cura de Ars, San Juan Bosco, el Beato Maximiliano Kolbe y tantos otros. Cada uno de ellos era distinto de los otros, era él mismo, era hijo de su época y estaba al día con respecto a su tiempo. Pero el "estar al día" de cada uno era una respuesta original al Evangelio, una respuesta particularmente necesaria para aquellos tiempos, era la respuesta de la santidad y del celo. No existe otra regla fuera de ésta para "estar al día" en nuestra vida y en la actividad sacerdotal, en nuestro tiempo y en la actualidad del mundo. Indudablemente, no pueden considerarse un adecuado "estar al día" los diversos ensayos y proyectos de "laicización" de la vida sacerdotal.

7. DISPENSADOR Y TESTIGO

La vida sacerdotal está construída sobre la base del sacramento del Orden, que imprime en nuestra alma el signo de un carácter indele-

ble. Este signo, marcado en lo más profundo de nuestro ser humano, tiene su dinámica "personal". **La personalidad sacerdotal** debe ser **para los demás** un claro y límpido **signo a la vez que una indicación**. Es ésta la primera condición de nuestro servicio pastoral. Los hombres, de entre los cuales hemos sido elegidos y para los cuales somos constituídos, (25) quieren sobre todo ver en nosotros tal signo e indicación, y tienen derecho a ello. Podrá parecernos tal vez que no lo quieran, o que deseen que seamos en todo "como ellos"; a veces parece incluso que nos lo exijan. Es aquí necesario poseer un profundo sentido de fe y el don del discernimiento. De hecho, es muy fácil dejarse guiar por las apariencias y ser víctima de una ilusión en lo fundamental. Los que piden la laicización de la vida sacerdotal y aplauden sus diversas manifestaciones, nos abandonarán sin duda cuando sucumbamos a la tentación. Entonces dejaremos de ser necesarios y populares. Nuestra época está caracterizada por varias formas de "manipulación" e "instrumentalización" del hombre, pero no podemos ceder a ninguna de ellas. (26) En definitiva, resultará siempre necesario a los hombres únicamente el sacerdote que es consciente del sentido pleno de su sacerdocio: el sacerdote que cree profundamente, que manifiesta con valentía su fe, que reza con fervor, que enseña con íntima convicción, que sirve, pone en práctica en su vida el programa de las Bienaventuranzas, que sabe amar desinteresadamente, que está cerca de todos y especialmente de los más necesitados.

Nuestra actividad pastoral exige que estemos cerca de los hombres y de sus problemas, tanto personales y familiares como sociales, pero exige también que estemos cerca de estos problemas "como sacerdotes". Sólo entonces, en el ámbito de todos esos problemas, somos nosotros mismos. Si, por lo tanto, servimos verdaderamente a estos problemas humanos, a veces muy difíciles, entonces conservamos nuestra identidad y somos de veras fieles a nuestra vocación. Debemos buscar con gran perspicacia, junto con todos los hombres, la verdad y la justicia, cuya dimensión verdadera y definitiva sólo la podemos encontrar en el Evangelio, más aún, en Cristo mismo. Nuestra tarea es la de servir a **la verdad y a la justicia** en las dimensiones de la "temporalidad" humana, pero **siempre dentro de una perspectiva que sea la de la salvación eterna**. Ésta tiene en cuenta las conquistas temporales del espíritu humano en el ámbito del conocimiento y de la moral, como ha recordado admirablemente el Concilio Vaticano II, (27) pero no se identifica con ellas y, en realidad, las supera: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman". (28) Los hombres, nuestros hermanos en la fe y también los no-creyentes, esperan de nosotros que seamos capaces de señalarles esta perspectiva, que seamos testimonios auténticos de ella, que seamos dispensadores de la gracia, que seamos servidores de la Palabra de Dios. Esperan que seamos hombres de oración.

Entre nosotros están también los que han unido su vocación sacerdotal con una intensa vida de oración y de penitencia, en la forma

estrictamente contemplativa de las respectivas Ordenes religiosas. Recuerden ellos que su ministerio sacerdotal, aun bajo esta forma, está "ordenado" —de manera particular— a la gran solicitud del Buen Pastor, que es la solicitud por la salvación de todo hombre. Todos debemos recordar esto: que a ninguno de nosotros es lícito merecer el nombre de "mercenario", o sea uno "al que las ovejas no le pertenecen", uno "que ve venir al lobo y deja las ovejas, y huye, y el lobo arrebatada y dispersa las ovejas, porque es asalariado y no le da cuidado de las ovejas". (29) La solicitud de todo buen Pastor es que los hombres "tengan vida, y la tengan abundante", (30) para que ninguno se pierda (31) sino que tenga la vida eterna. Esforcémonos para que esta solicitud penetre profundamente en nuestras almas: tratemos de vivirla. Sea ella la que caracterice nuestra personalidad, y esté en la base de nuestra identidad sacerdotal.

8. SIGNIFICADO DEL CELIBATO

Permitid que me refiera aquí al problema del celibato sacerdotal. Lo trataré sintéticamente, porque ha sido expuesto ya de manera profunda y completa durante el Concilio, luego en la Encíclica **Sacerdotalis caelibatus** y después en la sesión ordinaria del Sínodo de los Obispos del año 1971. Tal reflexión se ha demostrado necesaria tanto para presentar el problema de modo aún más maduro, como para motivar todavía más profundamente el sentido de la decisión que la Iglesia Latina ha asumido desde hace siglos y a la que ha tratado de permanecer fiel, queriendo también en el futuro mantener esta fidelidad. La importancia del problema en cuestión es tan grave y su unión con el lenguaje del mismo Evangelio tan íntima, que no podemos en este caso pensar con categorías diversas de las que se han servido el Concilio, el Sínodo de los Obispos y el mismo gran Papa Pablo VI. Podemos sólo intentar comprender este problema más profundamente y responder de forma más madura, liberándonos tanto de las varias objeciones que siempre —como sucede hoy también— se han levantado contra el celibato sacerdotal, como de las diversas interpretaciones que se refieren a criterios extraños al Evangelio, a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia; criterios, añadamos, cuya exactitud y base "antropológica" se revelan muy dudosos y de valor relativo.

No debemos, por lo demás, maravillarnos demasiado de estas objeciones y críticas que en el período postconciliar se han intensificado, aunque da la impresión de que actualmente, en algunas partes, van atenuándose. Jesucristo, después de haber presentado a los discípulos la cuestión de la renuncia al matrimonio "por el reino de los Cielos" ¿no ha añadido tal vez aquellas palabras significativas: "El que pueda entender, que entienda"? (32) La Iglesia Latina ha querido y sigue queriendo, refiriéndose al ejemplo del mismo Cristo Señor, a la enseñanza de los Apóstoles y a toda la tradición auténtica, que **abracen esta renun-**

cia "por el reino de los Cielos" todos los que reciben el sacramento del Orden. Esta tradición, sin embargo, está unida al respecto por las diferentes tradiciones de las otras Iglesias. De hecho, ella constituye una característica, una peculiaridad y una herencia de la Iglesia Latina, a la que ésta debe mucho y en la que está decidida a perseverar, a pesar de todas las dificultades, a las que una tal fidelidad podría estar expuesta, a pesar también de los síntomas diversos de debilidad y crisis de determinados sacerdotes. Todos somos conscientes de que "llevamos este tesoro en vasos de barro"; (33) no obstante sabemos muy bien que es precisamente un "tesoro".

¿Por qué un tesoro? ¿Queremos tal vez con esto disminuir el valor del matrimonio y la vocación a la vida familiar? ¿O bien sucumbimos al desprecio maniqueo por el cuerpo humano y por sus funciones? ¿Queremos tal vez desprestigiar de algún modo el amor, que lleva al hombre y a la mujer al matrimonio y a la unión conyugal del cuerpo, para formar así "una carne sola"? (34) ¿Cómo podremos pensar y razonar de tal manera, si sabemos, creemos y proclamamos, siguiendo a San Pablo, que el matrimonio es un "misterio grande", refiriéndose a Cristo y a la Iglesia? (35) Ninguno, sin embargo, de los motivos con los que a veces se intenta "convencernos" acerca de la inoportunidad del celibato corresponde a la verdad que la Iglesia proclama y que trata de realizar en la vida a través de un empeño concreto, al que se obligan los Sacerdotes antes de la ordenación sagrada. Al contrario, el motivo esencial, propio y adecuado está contenido en la verdad que Cristo declaró, hablando de la renuncia al matrimonio por el reino de los Cielos, y que San Pablo proclamaba, escribiendo que cada uno en la Iglesia tiene su propio don. (36) El celibato es precisamente un "don del Espíritu". Un don semejante, aunque diverso, se contiene en la vocación al amor conyugal verdadero y fiel, orientado a la procreación según la carne, en el contexto tan amplio del sacramento del Matrimonio. Es sabido que este don es fundamental para construir la gran comunidad de la Iglesia, Pueblo de Dios. Pero si esta comunidad quiere responder plenamente a su vocación en Jesucristo, será necesario que se realice también en ella, en proporción adecuada, ese otro "don", el don del celibato "por el reino de los Cielos". (37)

¿Por qué motivo la Iglesia Católica Latina une este don no sólo a la vida de las personas que aceptan el estricto programa de los consejos evangélicos en los Institutos Religiosos, sino además a la vocación al sacerdocio conjuntamente jerárquico y ministerial? Lo hace porque el celibato "por el Reino" no es sólo un "signo escatológico", sino porque tiene un gran sentido social en la vida actual para el servicio del Pueblo de Dios. El Sacerdote, con su celibato, llega a ser "el hombre para los demás", de forma distinta a como lo es uno que, uniéndose conyugalmente con la mujer, llega a ser también él, como esposo y padre, "hombre para los demás" especialmente en el área de su familia: para su esposa, y junto con ella para los hijos, a los que da la vida. El Sa-

cerdote, renunciando a esta paternidad que es propia de los esposos, busca otra paternidad y casi otra maternidad, recordando las palabras del Apóstol sobre los hijos, que él engendra en el dolor. (38) Ellos son hijos de su espíritu, hombres encomendados por el Buen Pastor a su solicitud. Estos hombres son muchos, más numerosos de cuantos puede abrazar una simple familia humana. La vocación pastoral de los sacerdotes es grande y el Concilio enseña que es universal: está dirigida a toda la Iglesia (39) y, en consecuencia, es también misionera. Normalmente, ella está unida al servicio de una determinada comunidad del Pueblo de Dios, en la que cada uno espera atención, cuidado y amor. El corazón del Sacerdote, para estar disponible a este servicio, a esta solicitud y amor, debe estar libre. El celibato es signo de una libertad que es para el servicio. En virtud de este signo el sacerdocio jerárquico, o sea "ministerial", está —según la tradición de nuestra Iglesia— más estrechamente ordenado al sacerdocio común de los fieles.

9. PRUEBA Y RESPONSABILIDAD

Fruto de un equívoco —por no decir de mala fe— es la opinión a menudo difundida, según la cual el celibato sacerdotal en la Iglesia católica sería simplemente una institución impuesta por ley a todos los que reciben el sacramento del Orden. Todos sabemos que no es así. Todo cristiano que recibe el sacramento del Orden acepta el celibato con plena conciencia y libertad, después de una preparación de años, de profunda reflexión y de asidua oración. El toma la decisión de vivir por vida el celibato, sólo después de haberse convencido de que Cristo le concede este don para el bien de la Iglesia y para el servicio a los demás. Sólo entonces se compromete a observarlo durante toda la vida. Es natural que tal decisión obliga no sólo en virtud de la "ley" establecida por la Iglesia, sino también en función de la responsabilidad personal. Se trata aquí de **mantener la palabra dada a Cristo y a la Iglesia**. La fidelidad a la palabra es, conjuntamente, deber y comprobación de la madurez interior del Sacerdote y expresión de su dignidad personal. Esto se manifiesta con toda claridad, cuando el mantenimiento de la palabra dada a Cristo, a través de un responsable y libre compromiso celibatario para toda la vida, encuentra dificultades, es puesto a prueba, o bien está expuesto a la tentación, cosas todas ellas a las que no escapa el sacerdote, como cualquier otro hombre y cristiano. En tal circunstancia cada uno debe buscar ayuda en la oración más fervorosa. Debe, mediante la oración, encontrar en sí mismo aquella actitud de humildad y de sinceridad respecto a Dios y a la propia conciencia, que es precisamente la fuente de la fuerza para sostener lo que vacila. Es entonces cuando nace una confianza similar a la que San Pablo ha expresado con estas palabras: "Todo lo puedo en aquél que me conforta". (40) Estas verdades son confirmadas por la experiencia de numerosos sacerdotes y probadas por la realidad de la vida. La aceptación de las mismas consti-

tuye la base de la fidelidad a la palabra dada a Cristo y a la Iglesia, que es al mismo tiempo la comprobación de la auténtica fidelidad a sí mismo, a la propia conciencia, a la propia humanidad y dignidad. Es necesario pensar en todo esto, especialmente en los momentos de crisis y no recurrir a la dispensa, entendida como "intervención administrativa", como si en realidad no se tratara, por el contrario, de una profunda cuestión de conciencia y de una prueba de humanidad. Dios tiene derecho a tal prueba con respecto a cada uno de nosotros, dado que la vida terrenal es un período de prueba para todo hombre. Pero Dios quiere igualmente que salgamos victoriosos de tales pruebas, y nos da la ayuda necesaria.

Tal vez, no sin razón, es preciso añadir aquí que el compromiso de la fidelidad conyugal, que deriva del sacramento del Matrimonio, crea en ese terreno obligaciones análogas, y que tal vez llega a ser un campo de pruebas similares y de experiencias para los esposos, hombres y mujeres, los cuales precisamente en estas "pruebas de fuego" tienen posibilidad de comprobar el valor de su amor. En efecto, el amor en toda su dimensión no es sólo llamada, sino también deber. Añadamos finalmente que nuestros hermanos y hermanas, unidos en el matrimonio, **tienen derecho a esperar de nosotros, Sacerdotes y pastores, el buen ejemplo y el testimonio de la fidelidad a la vocación hasta la muerte,** fidelidad a la vocación que nosotros elegimos mediante el sacramento del Orden, como ellos la eligen a través del sacramento del Matrimonio.

También en este ámbito y en este sentido debemos entender nuestro sacerdocio ministerial como "subordinación" al sacerdocio común de todos los fieles, de los seculares, especialmente de los que viven en el matrimonio y forman una familia. De este modo, nosotros servimos "a la edificación del Cuerpo de Cristo"; (41) en caso contrario, más que cooperar a su edificación, debilitamos su unión espiritual. A esta edificación del cuerpo de Cristo está íntimamente unido el desarrollo auténtico de la personalidad humana de todo cristiano —como también de cada sacerdote— que se realiza según la medida del don de Cristo. La desorganización de la estructura espiritual de la Iglesia no favorece ciertamente el desarrollo de la personalidad humana y no constituye su justa verificación.

10. ES NECESARIO CONVERTIRSE CADA DIA

"¿Qué hemos de hacer?": (42) así parece que preguntáis vosotros, queridos Hermanos, como tantas veces preguntaban al mismo Cristo Señor los discípulos y los que le escuchaban. ¿Qué debe hacer la Iglesia, cuando parece que faltan sacerdotes, cuando su falta se hace notar especialmente en algunos Países y Regiones del mundo? ¿En qué manera debemos responder a las inmensas necesidades de evangelización y cómo podemos saciar el hambre de la Palabra y del Cuerpo del Señor? La Iglesia, que se empeña en mantener el celibato de los Sacer-

dotes como don particular por el reino de Dios, **profesa la fe y expresa esperanza** en su Maestro, Redentor y Esposo, y a la vez en el que es "dueño de la mies" y "dador del don". (43) En efecto, "todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces". (44) Nosotros no podemos debilitar esta fe y esta confianza con nuestra duda humana o con nuestra pusilanimidad.

En consecuencia, todos debemos convertirnos cada día. Sabemos que ésta es una exigencia fundamental del Evangelio, dirigida a todos los hombres, (45) y tanto más debemos considerarla como dirigida a nosotros. Si tenemos el deber de ayudar a los demás a convertirse, lo mismo debemos hacer continuamente en nuestra vida. Convertirse significa retornar a la gracia misma de nuestra vocación, meditar la inmensa bondad y el amor infinito de Cristo, que se ha dirigido a cada uno de nosotros, y llamándonos por nuestro nombre, ha dicho: "Sígueme". Convertirse quiere decir dar cuenta en todo momento de nuestro servicio, de nuestro celo, de nuestra fidelidad, ante el Señor de nuestros corazones, para que seamos "ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios". (46) Convertirse significa dar cuenta también de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de fe y esperanza, de pensar únicamente "de modo humano", y no "divino". Recordemos a este propósito la advertencia hecha por Cristo al mismo Pedro. (47) Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el Sacramento de la reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, dominarnos, realizar conquistas espirituales y dar alegremente, porque "Dios ama al que da con alegría". (48)

Convertirse quiere decir "orar en todo tiempo y no desfallecer". (49) **La oración es en cierta manera la primera y última condición de la conversión**, del progreso espiritual y de la santidad. Tal vez en los últimos años —por lo menos en determinados ambientes— se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la "identidad" del sacerdote, sobre el valor de su presencia en el mundo contemporáneo, etc., y, por el contrario, se haorado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal, y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez da la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos continuamente, permanecer en el estado de constante tensión hacia Dios, que es indispensable si queremos conducir a los demás a El. La oración nos ayuda a creer, a esperar y amar, incluso cuando nos lo dificulta nuestra debilidad humana.

La oración nos consiente, además, descubrir continuamente las dimensiones de aquel Reino, por cuya venida rezamos cada día, repi-

tiendo las palabras que Cristo nos ha enseñado. En este caso advertimos **cuál es nuestro lugar en la realización de esta petición: "Venga tu Reino"**, y vemos cómo somos necesarios para que ella se realice. Y tal vez, cuando rezamos, percibiremos con más facilidad aquellos "campos que ya están blanquecinos para la siega", (50) y comprenderemos el significado que tienen las palabras que Cristo pronunció a la vista de los mismos: "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies". (51)

La oración debemos unirla a un trabajo continuo sobre nosotros mismos: es la **formación permanente**. Como recuerda justamente el Documento emanado acerca de este tema por la Sagrada Congregación para el Clero, (52) tal formación debe ser tanto interior, o sea que mire a la vida espiritual del sacerdote, como pastoral e intelectual (filosófica y teológica). Por consiguiente, si nuestra actividad pastoral, el anuncio de la Palabra y el conjunto del ministerio sacerdotal dependen de la intensidad de nuestra vida interior, ella debe igualmente encontrar su apoyo en el estudio continuo. No podemos conformarnos con lo que hemos aprendido un día en el seminario, aun cuando se haya tratado de estudios a nivel universitario, hacia los cuales orienta decididamente la Sagrada Congregación para la Educación Católica. Este proceso de formación intelectual debe continuar durante toda la vida, especialmente en el tiempo actual, caracterizado —por lo menos en muchas zonas del mundo— por un desarrollo general de la instrucción y de la cultura. A la vista de los hombres, que gozan del beneficio de este desarrollo, nosotros debemos ser **testimonios** de Jesucristo, altamente **cualificados**. Como maestros de la verdad y de la moral, tenemos que dar cuenta a ellos, de modo convincente y eficaz, de la esperanza que nos vivifica. (53) Y esto forma parte también del proceso de conversión diaria al amor, a través de la verdad.

¡Queridos Hermanos! ¡Vosotros que "soportáis el peso del día y el calor", (54) que habéis puesto la mano sobre el arado y no miráis atrás, (55) y tal vez todavía más vosotros que dudáis del sentido de vuestra vocación, o del valor de vuestro servicio! Pensad en los lugares donde esperan con ansia al sacerdote, y donde desde hace años, sintiendo su ausencia, no cesan de desear su presencia. Y sucede alguna vez que se reúnen en un Santuario abandonado y ponen sobre el altar la estola aún conservada y recitan todas las oraciones de la liturgia eucarística; y he aquí que en el momento que corresponde a la transustanciación desciende en medio de ellos un profundo silencio, alguna vez interrumpido por el sollozo... ¡con tanto ardor desean escuchar las palabras, que sólo los labios de un sacerdote pueden pronunciar eficazmente! ¡Tan vivamente desean la comunión eucarística, de la que únicamente en virtud del ministerio sacerdotal pueden participar!, como esperan también ansiosamente oír las palabras divinas del perdón: **yo te absuelvo de tus pecados**. ¡Tan profundamente sienten la ausencia de un Sacerdote en medio de ellos. Estos lugares no faltan en el mundo.

¡Si, en consecuencia, alguno entre vosotros duda del sentido de su sacerdocio, si piensa que ello es "socialmente" infructuoso o inútil, medite en esto!

Es necesario convertirse a diario, descubrir cada día de nuevo el don obtenido de Cristo mismo en el sacramento del Orden, profundizando en la importancia de la misión salvífica de la Iglesia y reflexionando sobre el gran significado de nuestra vocación a la luz de esta misión.

11. MADRE DE LOS SACERDOTES

Queridos Hermanos, al comienzo de mi ministerio os encomiendo a todos a la Madre de Cristo, que de modo particular es nuestra Madre: la Madre de los Sacerdotes. De hecho, al discípulo predilecto, que siendo uno de los Doce había escuchado en el Cenáculo las palabras: "Haced esto en memoria mía", (56) Cristo, desde lo alto de la Cruz, lo señaló a su Madre, diciéndole: "He ahí a tu hijo". (57) El hombre, que el Jueves Santo recibió el poder de celebrar la Eucaristía, con estas palabras del Redentor agonizante fue dado a su Madre como "hijo". Todos nosotros, por consiguiente, que recibimos el mismo poder mediante la Ordenación sacerdotal, en cierto sentido somos los primeros en tener el derecho a ver en ella a nuestra Madre. Deseo, por consiguiente, que todos vosotros, junto conmigo, encontréis en María la Madre del sacerdocio, que hemos recibido de Cristo. Deseo, además, que confiéis particularmente a Ella vuestro sacerdocio. Permitid que yo mismo lo haga, **poniendo en manos de la Madre de Cristo** a cada uno de vosotros —sin excepción alguna— de modo solemne y, al mismo tiempo, sencillo y humilde. Os ruego también, amados hermanos, que cada uno de vosotros lo realice personalmente, como se lo dicte su corazón, sobre todo el propio amor a Cristo-Sacerdote, y también la propia debilidad, que camina a la par con el deseo del servicio y de la santidad. Os lo ruego encarecidamente.

La Iglesia de hoy habla de sí misma sobre todo en la Constitución dogmática **Lumen gentium**. También aquí, en el último capítulo, ella confiesa que mira a María como Madre de Cristo, porque se llama a sí misma madre y desea ser madre, engendrando para Dios los hombres a una vida nueva. (58) Oh, queridos Hermanos. ¡Qué cerca de esta causa de Dios estáis vosotros! ¡Cuán profundamente ella está impresa en vuestra vocación, ministerio y misión! En consecuencia, junto con el Pueblo de Dios, que mira a María con tanto amor y esperanza, vosotros debéis recurrir a Ella con esperanza y amor excepcionales. De hecho, debéis anunciar a Cristo que es su hijo; ¿y quién mejor que su Madre os transmitirá la verdad acerca de El? Tenéis que alimentar los corazones humanos con Cristo; ¿y quién puede haceros más conscientes de lo que realizáis, si no la que lo ha alimentado? "Salve, o verdadero Cuerpo, nacido de la Virgen María". Se da en nuestro sacerdocio minis-

terial **la dimensión espléndida y penetrante de la cercanía a la Madre de Cristo.** Tratemos pues de vivir en esta dimensión. Si es lícito recurrir aquí a la propia experiencia, os diré que, escribiéndoos, recurro sobre todo a mi experiencia personal.

Al comunicaros esto, al comienzo de mi servicio a la Iglesia universal, pido continuamente a Dios que os llene a vosotros, Sacerdotes de Jesucristo, de su bendición y gracia y, como prenda y afirmación de tal comunión orante, os bendigo de corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Recibid esta bendición. Recibid las palabras del nuevo Sucesor de Pedro, de aquel Pedro, a quien el Señor ordenó: "Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos". (59) No ceséis de rezar por mí, junto con la Iglesia entera, para que yo responda a aquella exigencia de un primado de amor, que el Señor ha puesto como fundamento de la misión de Pedro, cuando le dijo: "Apacienta mis ovejas". (60) Que así sea.

Vaticano, 8 de abril, domingo de Ramos en la Pasión del Señor del año 1979, primero de mi Pontificado.

JOANNES PAULUS P P. II

- | | | |
|--|--|---|
| (1) Cfr. Mt 20, 12 | (20) Const. dogm. Lumen Gentium, 10. | Discurso al Clero de Roma (9 de noviembre de 1978), n. 3: "L'Osservatore Romano", edición en lengua española, (19 de noviembre de 1978), p. 11. |
| (2) Cfr. Jn 21, 15-17 | (21) Jn 10, 11. | (27) Cfr. Const. past. Gaudium et Spes, 38-39. 42. |
| (3) Vobis enim sum episcopus, vobiscum sum Christianus: Serm. 340, 1; PL 38, 1483. | (22) Cfr. 8-11; 19-20. | (28) 1 Cor 2, 9. |
| (4) Cfr. I, art. 15. | (23) Mc 8, 35. | (29) Jn 10, 12-13. |
| (5) Ep. ad Magnesios, VI, 1: Patres Apostolici I, ed. Funk p. 235. | (24) S. Gregorio Magno, Norma pastoral, I, 1; PL 77, 14. | (30) Jn 10, 10. |
| (6) Cfr. Rom 5, 5; 1 Cor 12, 31; 13. | (25) Cfr. Heb 5, 1. | (31) Cfr. Jn 17, 12. |
| (7) Heb 5, 1. | (26) "No nos hagamos la ilusión de servir al Evangelio, si tratamos de "diluir" nuestro carisma sacerdotal a través de un interés exagerado hacia el amplio campo de los problemas temporales, si deseamos "laicizar" nuestra manera de vivir y actuar, si cancelamos hasta los signos externos de nuestra vocación sacerdotal. Debemos mantener el significado de nuestra vocación singular, y tal "singularidad" se debe manifestar también en nuestra manera de vestir. ¡No nos avergoncemos de ello! Sí, estamos en el mundo, ¡pero no somos del mundo!"; JUAN PABLO II, | (32) Mt 19, 12. |
| (8) Const. dogm. Lumen Gentium, 10. | | (33) 2 Cor 4, 7. |
| (9) Heb 5, 1. | | (34) Gén. 2, 24; Mt 19, 6. |
| (10) Const. dogm. Lumen Gentium, 10. | | (35) Cfr. Ef 5, 32. |
| (11) Cfr. Ef 4, 11 s. | | (36) Cfr. 1 Cor 7, 7. |
| (12) Cfr. 1 Pe 2, 5. | | (37) Mt 19, 12. |
| (13) Cfr. 1 Pe 3, 18. | | (38) Cfr. 1 Cor 4, 15; Gal 4, 19. |
| (14) Const. dogm. Lumen Gentium, 10. | | (39) Cfr. Dec. Presbyterorum Ordinis, 3. 6. 10. 12. |
| (15) Cfr. Const. dogm. Lumen Gentium, 10. | | (40) Fil 4, 13. |
| (16) Mt 19, 27. | | (41) Ef 4, 12. |
| (17) Cfr. Mt 20, 1-16. | | (42) Lc 3, 10. |
| (18) Cfr. Jn 10, 1-16. | | (43) Mt 9, 38; 1 Cor 7, 7. |
| (19) Cfr. Const. dogm. Lumen Gentium, cap. II. | | (44) Sant 1, 17. |
| | | (45) Cfr. Mt. 4, 17; Mc 1, 15 |
| | | (46) 1 Cor 4, 1. |
| | | (47) Cfr. Mt 16, 23. |

- | | | |
|---|------------------------|---------------------------|
| (48) 2 Cor 9, 7. | 62 (1970), pp. 123 ss. | Lumen Gentium, cap. VIII. |
| (49) Lc 18, 1. | (53) Cfr. 1 Pe 3, 15. | (59) Lc 22, 32. |
| (50) Jn 4, 35. | (54) Mt 20, 12. | (60) Jn 21, 16. |
| (51) Mt 9, 38. | (55) Cfr. Lc 9, 62. | |
| (52) Cfr. Carta circular del 4 de noviembre de 1969: AAS. | (56) Lc 22, 19. | |
| | (57) Jn 19, 26. | |
| | (58) Cfr. Const. dogm. | |

MENSAJE DE S. S. JUAN PABLO II EN LA XVI JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LA VOCACIONES

(6 mayo 1979)

Amadísimos Hermanos en el Episcopado:
Amadísimos hijos e hijas de todo el mundo:

Es la primera vez que el nuevo Papa se dirige a vosotros con motivo de la celebración de la jornada Mundial de oración por las vocaciones.

Ante todo vaya un recuerdo afectuoso mío y vuestro, pleno de reconocimiento al llorado Papa Pablo VI. Reconocimiento porque, durante el Concilio, instituyó esta Jornada de Oración por todas las vocaciones de especial consagración a Dios y a la Iglesia. Reconocimiento porque anualmente, en quince años, iluminó esta Jornada con su palabra de Maestro y nos animó con su corazón de Pastor.

Siguiendo su ejemplo, me dirijo ahora a vosotros en esta décima sexta Jornada Mundial para confiaros algunas cosas que siento muy dentro del corazón, como tres palabras de orden: orar-llamar-responder.

1. En primer lugar, **orar**. Es ciertamente grande la finalidad por la cual debemos orar, si Cristo nos ha mandado hacerlo: "Orad, pues, al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies" (Mt 9,38). Sea esta Jornada un público testimonio de fe y de obediencia al mandato del Señor. Celebradla por tanto en vuestras Catedrales: el Obispo en unión con el clero, los religiosos, las religiosas, los misioneros, los aspirantes al sacerdocio y a la vida consagrada, el pueblo, los jóvenes, muchos jóvenes. Celebradla en las parroquias, en las comunidades, en los santuarios, en los colegios y en los lugares donde hay personas que sufren. Se alce en todas las partes del mundo este asalto al cielo, para pedir al Padre lo que Cristo ha querido que pidiésemos.

Sea una jornada llena de esperanza. Nos encuentre unidos, como en un cenáculo universal, "asiduos y unánimes en la oración... con María, la Madre de Jesús" (He 1,14), en la espera confiada de los dones del Espíritu Santo. En efecto, sobre el altar del sacrificio eucarístico, en torno al cual nos unimos estrechamente en oración, está el mismo Cristo que ora con nosotros y por nosotros y nos asegura que obtendremos lo que pidamos: "si dos de vosotros conviniéreis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque

donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 19, 19 ss). Estamos muchos reunidos en su nombre y pedimos únicamente lo que él quiere. Frente a su promesa solemne, ¿cómo es posible que no pidamos con ánimo lleno de esperanza?

Sea esta Jornada un foco de irradiación espiritual. Nuestra oración se difunda y continúe en las iglesias, en las comunidades, en las familias, en los corazones creyentes, como en un monasterio invisible desde el cual suba al Señor una invocación perenne.

2. **Llamar.** Quisiera dirigirme ahora a vosotros, Hermanos en el Episcopado, a vuestros colaboradores en el sacerdocio, para confortaros y animaros en el ministerio que ya estáis llevando a cabo laudablemente. Seamos fieles al Concilio que ha exhortado a los Obispos a "fomentar con el mayor empeño las vocaciones sacerdotales y religiosas, prestando especial atención a las vocaciones misioneras" (Decr. *Christus Dominus*, n. 15).

Cristo, que ha mandado orar por los obreros de la mies, les ha llamado también personalmente. Sus palabras de llamada se conservan en el tesoro del Evangelio: "Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres" (Mt 4, 19). "Ven y sígueme" (Mt 19, 21). "Si alguno me sirve, que me siga" (Jn 12,26). Estas palabras de llamada están dirigidas a nuestro ministerio apostólico y nosotros debemos hacerlas escuchar, como las otras del Evangelio, "hasta el extremo de la tierra" (He 1,8). Es voluntad de Cristo que las hagamos escuchar. El Pueblo de Dios tiene el derecho de escucharlas de nosotros.

Los admirables programas pastorales de las Iglesias locales, las Obras de las vocaciones que, según el Concilio, deben disponer y promover toda la actividad pastoral para las vocaciones (cfr. Decr. *Optatum totius*, n. 2), abren el camino, preparan el buen terreno a la gracia del Señor. Dios es siempre libre de llamar a quien quiere y cuando quiere según la "extraordinaria riqueza de su gracia por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús" (Ef 2,7). Pero habitualmente El llama a través de nosotros y de nuestra palabra. Por consiguiente, no tengáis miedo a llamar. Introducíos en medio de los jóvenes. Id personalmente al encuentro de ellos y llamad. Los corazones de muchos jóvenes, y menos jóvenes, están dispuestos a escucharnos. Muchos de ellos buscan una finalidad para vivir; están en búsqueda de descubrir una misión que valga para consagrar la vida a ella. Cristo los ha puesto en sintonía con la llamada suya y vuestra. Nosotros debemos llamar. El resto lo hará el Señor, que da a cada uno su don particular, según la gracia que le ha sido dada (cfr. I Cor 7,7; Roma 12,6).

Cumplamos este ministerio con amplitud de corazón. Abramos nuestro espíritu, como quiere el Concilio, "más allá de las fronteras de cada diócesis, nación, familia y rito, y, puesta la mirada en las necesidades de la Iglesia universal, ayude principalmente a aquellas regiones que con más urgencia reclaman operarios para la viña del Señor" (Decr. *Optatum totius*, n. 2).

Lo que acabo de decir a los obispos y a sus colaboradores en el orden sacerdotal quisiera decirlo también a las Superiores y Superiores Religiosos, a los Formadores de los Institutos Seculares, a los responsables de la vida misionera, para que cada uno desempeñe su parte, según sus propias responsabilidades, en función del bien general de la Iglesia.

3. **Responder.** Os hablo particularmente a vosotros, jóvenes. Mas bien quisiera hablar con vosotros, con cada uno de vosotros. Os he llamado esperanza de la Iglesia y mi esperanza.

Recordemos algunas cosas juntos. En el tesoro del Evangelio se conservan las hermosas respuestas dadas al Señor que llamaba. La de Pedro y la de Andrés su hermano: "Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron" (Mt 4,20). La del publicano Leví: "El, dejándolo todo, se levantó y le siguió" (Lc 5,28). La de los Apóstoles: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6,68). La de Saúl: "¿Qué he de hacer, Señor?" (He 22,10). Desde los orígenes de la primera proclamación del Evangelio hasta nuestros días un grandísimo número de hombres y mujeres han dado su respuesta personal, su libre y consciente respuesta a Cristo que llama. Han elegido el sacerdocio, la vida religiosa, la vida misionera, como fin e ideal de su existencia. Han servido al Pueblo de Dios y a la humanidad, con fe, con inteligencia, con valentía, con amor. Ha llegado vuestra hora. Os toca a vosotros responder. ¿Acaso tenéis miedo?

Reflexionemos pues juntos, a la luz de la fe. Nuestra vida es un don de Dios. Debemos hacer algo bueno. Hay muchas maneras de gastar bien la vida, poniéndola al servicio de ideales humanos y cristianos. Si hoy os hablo de consagración total a Dios en el sacerdocio, en la vida religiosa y en la vida misionera, es porque Cristo llama a muchos de entre vosotros a esta extraordinaria aventura. El necesita, quiere tener necesidad, de vosotros, de vuestra inteligencia, de vuestras energías, de vuestra fe, de vuestro amor y de vuestra santidad. Si es al sacerdocio que Cristo os llama, es porque El quiere ejercer su sacerdocio por medio de vuestra consagración y misión sacerdotal. Quiere hablar a los hombres de hoy con vuestra voz. Consagrar la Eucaristía y perdonar los pecados a través de vosotros. Amar con vuestro corazón. Ayudar con vuestras manos. Salvar con vuestra fatiga. Pensadlo bien. La respuesta que muchos de vosotros pueden dar está ligada personalmente a Cristo, que os llama a estas grandes cosas.

Encontraréis dificultades. ¿Creéis quizás que yo no las conozco? Os digo que el amor vence cualquier dificultad. La verdadera respuesta a cada vocación es obra de amor. La respuesta a la vocación sacerdotal, religiosa, misionera puede surgir solamente de un profundo amor a Cristo. Esta fuerza de amor os la ofrece El mismo, como don que se añade al don de su llamada y hace posible vuestra respuesta. Tened confianza en "Aquel que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos" (Ef 3,20). Y, si podéis, dad con alegría, sin miedo, vuestra vida a El, que antes dio la suya por vosotros.

Por eso os exhorto a rezar así:

“Señor Jesús, que has llamado a quien has querido, llama a muchos de nosotros a trabajar por tí, a trabajar contigo.

Tú, que has iluminado con tu palabra a los que has llamado, ilumínanos con el don de la fe en tí.

Tú, que los has sostenido en las dificultades, ayúdanos a vencer nuestras dificultades de jóvenes de hoy.

Y si llamas a alguno de nosotros, para consagrarlo todo a tí, que tu amor aliente esta vocación desde el comienzo y la haga crecer y perseverar hasta el fin. Así sea”.

Mientras pongo estos deseos y esta oración ante la poderosa intercesión de María Santísima, Reina de los Apóstoles, con la esperanza de que los llamados sepan discernir y seguir generosamente la voz del divino Maestro, invoco sobre vosotros, queridísimos Hermanos en el Episcopado, y sobre vosotros, amadísimos hijos e hijas de la Iglesia entera, dones de paz y serenidad del Redentor y os imparto de corazón la propiciadora Bendición Apostólica.

Vaticano, 6 de enero, Solemnidad de la Epifanía del Señor, del año 1979, primero del Pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II

DOCUMENTS DEL BISBE

LA PLENITUD DE LA CARITAT I DE LA VIDA

Homilia del Dijous Sant.— 1979

Estimats germans,

Avui és Dijous Sant, dia de l'amor fratern i dia de l'amor d'un Déu que, fet home, va a entregar-se a la mort per donar-nos la vida a tots nosaltres. En l'oració que hem dit al començ d'aquesta Eucaristia que esteim celebrant, demanàvem que d'aquest gran sagrament n'obtinguéssim la plenitud de la caritat i de la vida.

El nostre viure i la nostra caritat, el nostre amor, són els dos sentiments, les dues inclinacions o afeccions més profundes que embarguen el cor de l'home. L'home vol viure, està fet per a la vida. L'home estima i vol ésser estimat; està fet per a l'amor. I l'home cada dia que passa se'n tem més que li va marxant la vida, que la va perdent. I, al llarg de la seva

estada en aquest món, també s'adona de la falta d'estimació i d'amor que sent i té, i de com, pels atzars de la seva relació amb els altres, es va deteriorant la seva capacitat d'estimar i d'ésser estimat.

L'home sempre té el perill de tancar-se en un egoisme, d'estimar-se a si mateix per sobre de tot i de tots, i de fer servir els altres com a objecte, com a satisfacció d'un amor propi incontrolat. La nostra pròpia experiència ens demostra massa sovint que més que donar amor, tots anam a cercar l'amor i l'estimació dels altres. Quantes vegades estimam només per a ser corresposts, pel profit que podem treure del nostre amor, un amor interessat que feim servir exclusivament en bé nostre i no dels altres.

Hem demanat la plenitud de l'amor i de la vida. On ho trobarem? Vos dic que Crist és aquesta plenitud de caritat i de vida. Avui ho podem veure demostrat en aquests signes del rentament dels peus —servei humil i sincer als germans— i de la Institució de l'Eucaristia i del sacerdocí— l'amor el fa quedar amb nosaltres—. I demà, ens en donarà la lliçó sublim i darrera en la seva mort en creu: No hi ha amor més gran que donar la vida pels amics.

Jo trob que la plenitud de la caritat, de l'amor, està i consisteix en l'amor de l'home a l'home, és a dir, de cada persona a cada persona, no ja com un sentiment o una inclinació o desig, sinó com una pràctica preceptuada pel mateix Déu.

Primerament, des del principi, hi havia un altre amor: l'amor de Déu als homes. Déu, mogut pel seu amor, per la seva bondat, va crear el món. I ens va estimar. Perquè tota actuació de Déu cap enfora de si mateix és sempre una actuació amorosa. Per açò l'apòstol Sant Joan pot dir: "No som nosaltres qui ens hem avançat a estimar Déu; Ell ha estat el primer que ens ha estimat". Totes les coses, tota la creació, nosaltres mateixos som una manifestació de l'amor de Déu.

Però, per dir-ho així, Déu no podia quedar-se, de cara a nosaltres, només amb i en aquest amor diví. Des de tota l'eternitat i donada l'actual economia de la salvació, Déu, per demostrar-nos la plenitud del seu amor, havia d'estimar-nos no solament com a Déu, sinó també com a home. Havia de ser el Déu-redemptor. Per açò, el lloc que abans vos he citat de l'apòstol Sant Joan: "Déu ha estat el primer que ens ha estimat", continua així: "tant, que ha enviat el seu Fill". Es a dir: Tant, que ha determinat l'encarnació del seu Fill, que el Fill de Déu es fés home, un de nosaltres, un com nosaltres, excepte en el pecat, per tal que ens poguéssim estimar com a home que era.

I aquesta és la plenitud de la caritat, de l'amor de Déu. El seu amor s'ha bifurcat. Per Crist, ens estima com a Déu i com a home. Crist, Déu i home s'ha fet, és un de nosaltres que ens estima, per dir-ho així, de tu a tu: l'amor de l'home-Déu, a l'home, a tot home, a tots i a cada un de nosaltres. En fer-se home, el Verb, la Paraula de Déu va voler afegir aquesta petita gota d'aigua, d'estimar com a home, que faltava, per tal d'aixamplar la plenitud del seu amor de Déu.

I aquí, també nosaltres podem anar arribant, en el que ens és possible, a la plenitud de l'amor. Si, per Crist, la humanitat pot correspondre a l'amor que Déu ens té i per mitjà d'Ell complim el primer manament: "estimaràs a Déu sobre totes les coses", també pel Crist nosaltres ens podem estimar els uns als altres tant com Ell ens va estimar. I llavors podem comprendre millor la insistència de l'apòstol Sant Joan en la seva primera carta: "Si ens estimam, Déu està amb nosaltres, i dins nosaltres el seu amor és tan gran, que jo no hi falta res". Es la plenitud. I per açò, continuarà el text de Sant Joan: "Veient com Déu s'ha avançat a estimar-nos, estimem també nosaltres. Si qualcú deia que estima Déu, però no estimava el germà, mentiria, perquè els qui no estimen els germans que veuen, no poden estimar Déu que no veuen. Jesucrist mateix és qui dona aquest manament: Qui estima Déu, que estimi també el seu germà". Estimar Déu i estimar els germans, idò, és la plenitud.

I la plenitud de la vida, em preguntareu? En què consisteix? Què és?

La plenitud de la vida, estimats germans, és açò: la plenitud de l'amor. La vida eterna, la vida de la glòria l'obtindrem en arribar a la plenitud de l'amor, que mai no podrem aconseguir del tot, ara, en aquesta vida.

Per açò, el Fill de Déu es va fer home per tal que amb la seva mort pogués redimir-nos i donar-nos la plenitud de la vida. Però, "no hauria tingut la possibilitat de morir per nosaltres si no hagués assumit de nosaltres carn mortal. Crist així va establir amb nosaltres, per mitjà d'aquesta participació mútua, un intercanvi admirable: de nosaltres va extreure la possibilitat de morir; d'Ell extraurem nosaltres la font de la vida. Qui pot dubtar que Crist ens donarà la vida, si tanmateix ja ens ha donat la seva mort? Per què a la fragilitat humana li costa de creure que els homes qualcun dia conviuran amb Déu? Ja s'ha realitzat una cosa més increïble: Déu ha mort pels homes" (1). I ho ha fet per donar-nos la plenitud de la seva vida, l'amor del Déu-home a la humanitat.

Estimats germans, un dia estarem plens de caritat i de vida. El nostre futur és una plenitud de vida que ens prové d'aquesta mort del Crist. Viurem eternament en l'amor a Déu i als germans. Per açò avui, dijous sant, hem demanat que aquest gran sagrament de l'Eucaristia ens obtingui la plenitud de la caritat i de la vida. Com el Mestre, idò, serviguem els nostres germans, amb el servei de la caritat, estimem-nos tal com Ell ens ha estimat i així ens anirem atracant a aquella plenitud d'amor i de vida que perdurarà per sempre.

† Antoni, bisbe

(1) Vegi's St. Agustí, lliçó del dilluns sant. (Litúrgia de les hores).

SES CATEQUESIS DEL BISBE

Divendres Sant

Estimateu radiooients,

Avui és divendres sant. És el dia en què celebrem la Passió i Mort de Nostre Senyor Jesucrist. L'Església no fa l'Eucaristia ni els seus sagraments. Només recorda i commemora aquells fets salvadors del primer divendres sant, quan Jesús, pel camí de l'amargura, pujava al Calvari i allí era crucificat entre dos malfactors. Enlairat a la Creu, ens donava la mostra més grossa del seu amor. Es feia obedient al Pare i obedient fins a la mort i una mort de creu.

Així acabava la seva vida mortal. Havia complert en tot la missió rebuda del Pare i ara feia el seu oferiment total: "tot s'ha acomplert". I moria.

El misteri de la creu de Jesús continuarà essent sempre un misteri per a la humanitat. Perquè el dolor i la mort, si no són considerats des d'aquesta visió cristiana, no tindran mai una resposta adequada. I el principal problema que tenim els homes és precisament aquest problema de la nostra permanència en una vida que voldríem per sempre i que, en cada moment, se'ns escapa de les mans. Com Crist a la Creu, quan deia: Déu meu, Déu meu, perquè m'heu abandonat? tots els mortals en el moment transcendent de la nostra mort, també volem aferrar-nos a la vida que fuig, que ja ha fugit per tants i que fugirà per tots.

El misteri de la creu, idò, és el misteri de la nostra mort, de tota mort. Avui l'hem de contemplar i viure. Com l'Església, nosaltres també hem de submergir-nos en la tristesa i el dol. Acompanyar Jesús al Calvari, vol dir fer ben nostre també el sofriment i la soledat de Jesús clavat a la creu.

Potser els nostres sentiments no experimentaran aquesta sensació de sofriment i de soledat. Almanco que els experimenti la nostra ànima i la nostra fe. La contemplació i la meditació de la creu de Jesús poden ajudar-nos a entreveure i a fer-nos càrrec del que hem importat a Jesús. Si ens en temem dels seus sofriments i de la seva mort, començarem un camí que porta a la vida.

Avui no vos vull dir res més. El silenci és també un homenatge d'adoració i d'amor envers el Crucificat. Preguem, idò, tots, en silenci...

La primera Encíclica de Joan Pau II (II)

Estimateu radiooients,

En una altra catequesi, vos vaig parlar, d'una manera general, sobre la primera encíclica de Joan Pau II. Vos hi prometia que continua-

ria parlant-vos-ne alguna altra vegada. Ho faig avui, centrant el tema en la primera part de l'exposició, que es titula "El misteri de la Redempció".

L'Encíclica de Joan Pau II té, en el cos central de la seva exposició, dues parts ben definides. En una se'ns parla principalment del Redemptor, és a dir, de Jesucrist, i en l'altra dels redimits, és a dir, de nosaltres, els homes, de l'home, principalment del nostre temps.

El Papa, seguint els camins que ens ha obert el Concili Vaticà II, es fa una pregunta que ell anomena fonamental. I és: què hem de fer per atracar-nos a Déu que és el nostre Pare? Certament aquesta és la pregunta essencial que ens feim els cristians i que es fan totes les altres religions. El principal problema religiós de l'home és sempre aquesta pregunta del seu futur, de la seva transcendència, d'Aquest Altre —Déu— que està per sobre de totes les coses i de tots nosaltres. El Concili ho expressava ja això amb els següents interrogants: "Els homes esperen de les diverses religions la resposta als enigmes amagats de la condició humana, que avui com ahir commouen intimament el seu cor: Què és l'home? Quin és el sentit i el fi de la nostra vida? Què és el bé i què és el pecat? Quin és l'origen i el fi del dolor? Quin és el camí per aconseguir la vertadera felicitat? Quin és finalment aquell últim i inefable misteri que envolta la nostra existència, del qual procedim i cap al qual ens dirigim?".

Des de sempre que l'home té una certa percepció d'una força misteriosa que està present en la marxa de les coses i en els aconteixements de la vida humana. Hi ha també en nosaltres, els homes, un coneixement que penetra tota la nostra vida amb un íntim sentit religiós. I totes les religions s'esforcen per a precisar aquest problema i cercar-li una solució adequada.

El Papa, en l'encíclica, ens diu que aquesta pregunta fonamental, què hem de fer per atracar-nos a Déu que és el nostre Pare?, té una resposta també fonamental i essencial. Per nosaltres, atracar-nos a Déu vol dir fer-ho per Jesucrist, Redemptor de l'home i del món, i a través de l'Església i tot el que ella comporta. "L'única orientació de l'esperit, l'única direcció de l'enteniment, de la voluntat i del cor, per nosaltres és aquesta: cap a Crist, redemptor de l'home i del món."

I tot açò perquè Crist és la salvació, aquell qui té paraules de vida eterna, paraules que diu a tothom i amb les quals parla a tot home. La redempció de Jesucrist és el principi fonamental de la vida i de la missió que va donar a la seva Església, parlant-nos amb la seva vida, amb la seva humanitat, amb el seu sofriment, amb la seva creu. La fidelitat a la veritat fa que les seves paraules siguin escoltades també pels no cristians. Crist és la font per la qual l'Església és el sagrament de l'unió amb Déu.

Tot açò ens porta a considerar la redempció del Crist com una creació renovada. Som recreats en Crist. En Crist, el món torna a adquirir la unió original amb Déu. Si el nostre Pare Adam va trencar amb el seu pecat aquesta unió de la criatura amb el seu Creador, Crist torna a

unir aquesta relació i aleshores, Crist penetra el cor de l'home, retorna a l'home la semblança divina i, en certa manera Crist s'uneix amb tot home.

Crist, ìdò, es la nostra reconciliació amb Déu. Perquè Ell, Crist, per nosaltres, dóna satisfacció a l'amor i a la paternitat de Déu. A més realitza plenament la imatge i semblança de Déu, com nosaltres fórem creats. I llavors Déu s'atraca també a nosaltres, a tot home i ens dóna l'Esperit de veritat. Déu és feel a sí mateix. Continua estimant-nos i si era el Déu Creador de totes les coses, el Ser Suprem, per Crist es fa el Déu redemptor, el Déu més amor i Pare de tots.

Però la redempció de Crist té una altra dimensió, encara. Crist enalteix l'home. Per Crist, l'home torna a trobar la grandesa, la dignitat i els valors propis de la seva humanitat. Jo diria que, per la redempció, l'home és més home. Vull dir que la redempció ha tornat a donar definitivament a l'home la dignitat i el sentit de la seva existència en el món, que havia perdut pel pecat. L'home és confirmat, ratificat, creat de nou per la redempció i la Bona Nova del Crist, el seu Evangeli torna el respecte al valor i a la dignitat que té tota persona humana.

Per açò, l'Església, tots nosaltres, cristians, si volem complir la missió que Crist ens ha donat, hem de dirigir la mirada de l'home i orientar la seva consciència i l'experiència de tota la humanitat cap al misteri del Crist. Perquè en Crist i per Crist, Déu s'ha revelat plenament a la humanitat i s'ha atracat definitivament a Ella. S'ha fet l'Emmanuel, és a dir, el Déu amb nosaltres. I en Crist i per Crist, l'home ha aconseguit plena consciència de la seva dignitat, de la seva elevació, del valor transcendental de la humanitat, del sentit de la seva existència. Hem estat fets fills de Déu! Veritat ferma i final que ens "divinitza" i ha d'omplir el nostre cor d'alegria i de pau.

Aquesta, estimats rediooients, és la síntesi que, més bé o més malament vos he fet d'aquesta primera part de l'Encíclica. No sé si hauré sabutdeixetar-la convenientment per a la vostra comprensió. Manteniu forta la vostra fe en Déu que és el nostre Pare que ens estima i en Jesucrist, el seu Fill, Déu com el Pare i home com nosaltres, pel qual ens atraquem al Pare i ens fem conscients de la dignitat i del valor que tenim com a homes, pel fet de ser fills de Déu i redimits pel Crist.

Fins la setmana que ve, en què vos tornaré a parlar, vos acompanya la meva oració i la meva benedicció.

TELEGRAMA AL SANT PARE, JOAN PAU II

Secretaría de Estado

CIUDAD DEL VATICANO

Beatísimo Padre: Terminada la celebración de nuestra misa crismal en la cual hemos comentado vuestras dos cartas y hemos rogado al Señor Jesucristo por el Papa, por todos los obispos, sacerdotes y seminaristas del mundo, queremos demostraros nuestra afectiva comunión y agradeceros vuestra solicitud pastoral y vuestra bendición apostólica.

Antonio, Obispo de Menorca y su presbiterio.

CONSELL PRESBITERAL

ACTA DE LA SESSIÓ DEL 28 DE MARÇ DE 1979

A Cal Bisbe, dia 28 de març del 1979, a les 10 del matí, es reuneix el Consell Presbiteral presidit pel Sr. Bisbe i al que hi assiteixen En Rafael Oléo, En Miquel Casanovas, el P. Xavier Carnicero, En Joan F. Huguet, N'Antoni Subirats i En Francesc Triay. Excusa la seva assistència En Pere Oléo, desplaçat a Madrid per qüestions de la Mutual del Clero.

Començada la sessió amb una pregària dirigida pel Sr. Bisbe, es llegeix un fragment de l'evangeli de St. Joan (5, 31-47).

Llegida l'acta de la sessió anterior, és aprovada.

Abans d'encetar l'ordre del dia, es procedeix a l'elecció de nou Secretari del Consell del Presbiteri, davant les raons que exposa el Sr. Miquel Casanovas, per a cessar en dit càrrec. L'elecció recau en En Francesc Triay, fins ara Secretari accidental.

En començar el diàleg sobre el primer punt de l'ordre del dia, i en referència a la tasca que haurà de comportar la seva execució, sorgeix una qüestió incidental, referent a la situació actual del clergat de la diòcesi. Es constata la necessitat que tots hem de sentir de corresponsabilitzar-nos en la feina pastoral diocesana; també la dificultat que hi ha per a reunir-nos, degut a la diferència de criteris i al cansament i desinterés manifestat en açò, i s'apunta que el Bisbe hauria de tenir en compte aquest problema i fer el possible, amb el seu contacte personal amb els capellans, per cercar els remeis i les solucions oportunes. El Consell del Presbiteri creu que aquest punt és interessant de tenir-lo sempre present, més quan sembla que, dins d'una mateixa identitat sacerdotal, hi poden haver diverses maneres i formes de viure el sacerdoci.

Després el Consell entra ja a treballar sobre el primer punt de l'ordre del dia: "Pistes per on caminar vers una anàlisi de la Família i el Matrimoni, dins la nostra societat d'avui". Es constata la insuficiència del que es fa en aquest camp a nivell individual. Es veu, també, la necessitat de que es puguin expressar i s'expressin els qui tenen alguna experiència en aquest camp, com poden ser: els qui han dirigit cursos de preparació al matrimoni; els qui participen en grups de matrimonis; els qui participen o han participat en grups de festejants i les possibles experiències de catequesi familiar.

Amb tot es veu urgent la necessitat d'un estudi sociològic més ample.

Aquest estudi sociològic hauria de tenir present el que es fa avui

de cara a la preparació i celebració del matrimoni; quina es la situació, avui, del matrimoni, tenint en compte: l'amor, la sexualitat, la fecunditat, la convivència i la fidelitat. I en quant a la família: relació paresfills; influència activa i passiva en relació a la societat; educació de la fe...; un altre aspecte a tenir present és la influència sobre la família i el matrimoni de les corrents ideològiques; i altres punts que hi pugui haver com per exemple la influència dels "mas media"...

El Consell del Presbiteri acorda encarregar a un dels seus membres que es posi en contacte amb qualche sociòleg per tal que orienti la realització d'un estudi sociològic sobre aquesta matèria, per després poder començar a posar-lo en pràctica, tenint present el document que la Conferència Episcopal Espanyola ha elaborat sobre la família i el matrimoni. De tot açò, aquest membre del Consell en donarà compte a la pròxima reunió.

Visita Pastoral.

El Sr. Bisbe exposa la seva idea sobre la Visita Pastoral que pensa començar la pròxima tardor. Vol que estigui preparada a nivell local pels capellans i els distints agents de la pastoral local, a la vegada que vol realitzar-la acompanyat, en el moment oportú pels delegats de la pastoral diocesana. Dedicarà temps a estar en contacte amb la gent i vol que tothom hi pugui tenir accés.

Demana que tots aportem les nostres idees sobre aquest aconteixement: Còm s'ha de fer? Què s'ha de tenir present?...

A la 1,30 de la tarda es donà per acabada aquesta reunió, fixant la pròxima per al dia 25 d'abril a Cal Bisbe a les 10 del matí, amb el següent ordre del dia:

- Informació per part del Sr. Bisbe.
- Concretar sobre la Família i el Matrimoni: passos fets referent a l'estudi sociològic.
- Visita Pastoral: Aportacions dels distints arciprestats i de tots aquells qui hi vulguin dir alguna cosa.

Ciudadella, 28 de març de 1979.

EJERCICIOS DE MES PARA SACERDOTES Y RELIGIOSOS

Como todos los años, se dará una tanda de Ejercicios de MES del 1 al 28 de septiembre.

Director, A. Muntané S. J.

**Dirección: Casa de Ejercicios "San Ignacio", Dr. Amigant 32.
BARCELONA-17, Tef.: 203 88 62.**

Se ruega lleven consigo la BIBLIA. Los DOCUMENTOS CONCILIARES los proporciona la Casa.

INFORMACIO DE LA DIOCESI

MISSA CRISMAL A "ES MIGJORN"

El Miércoles Santo buena parte del clero de Menorca se reunió en San Cristóbal alrededor de su Obispo para celebrar la Misa Crismal, dentro de la cual se consagraron los Santos Oleos y los sacerdotes renovaron las promesas de su Ordenación. Este acto corresponde en realidad al Jueves Santo, pero la Iglesia autoriza anticiparlo a otro día de la Semana Santa para que se pueda celebrar con más desahogo.

Sin duda nunca la bella y sencilla iglesia de "Migjorn Gran" había visto una reunión de sacerdotes tan numerosa ni había servido de marco a una liturgia tan solemne.

Antes del acto los sacerdotes se reunieron con el Prelado en la residencia de las Hermanas de los Sagrados Corazones, donde estuvieron rezando comunitariamente y escucharon de boca de su Obispo un autorizado resumen y comentario de las cartas que estos días ha dirigido el Papa Juan Pablo a Obispos y Sacerdotes.

Después salieron procesionalmente de dicha residencia, dirigiéndose a la iglesia parroquial, llena a reborar de fieles de la localidad y de otros pueblos de Menorca que habían acudido para asociarse a la solemnidad, y que participaron con fervor y entusiasmo en el canto y la plegaria comunitaria.

Terminada la proclamación de la Palabra de Dios, el Obispo, en breve y enjundiosa homilía, exhortó a los sacerdotes a cumplir los compromisos de su sagrado ministerio y a los demás cristianos a rogar por ellos; y acto seguido tuvo lugar el emotivo acto de la renovación, contestando todos a las preguntas del Obispo y rogando luego todos, clero y demás fieles, para implorar la gracia del Señor a fin de cumplir lo prometido.

Trasladadas después solemnemente las ánforas que contenían el aceite que iba a ser consagrado, el Obispo procedió a recitar las oraciones rituales sobre el Oleo de los Enfermos, el de los Catecúmenos, que sirve para ungir a los que han de ser bautizados, y el Santo Crisma, con el que se unge al cristiano después del Bautismo, y que sirve igualmente para el Sacramento de la Confirmación, la consagración de Sacerdotes y Obispos, así como la de altares y vasos sagrados.

Dentro del mismo clima de fervor continuó la Eucaristía en la que comulgaron casi todos los asistentes, y terminada la misma, los

Oleos ya consagrados fueron conducidos otra vez, acompañados por todos los concelebrantes, a la residencia de las Hermanas, donde fueron distribuidos a los sacerdotes de las distintas parroquias.

En suma: un acto que habrá dejado recuerdo imperecedero en los habitantes del simpático pueblo, y ha constituido como una introducción anticipada a la liturgia del Triduo Sagrado del Señor Muerto, Sepultado y Resucitado, que los católicos menorquines se aprestan a celebrar estos días.

“del Diario “MENORCA”

SETMANA SANTA AL TORO

Com en les diferents parròquies i comunitats de la diòcesi, un bon grup de persones, majors, joves i fiets, han estat al Toro des del Dijous Sant capvespre fins el dia de Pasqua a fi de viure intensament el Misteri Pasqual. Alguns dels actes organitzats han estat oberts a altres que no participaven directament a la trobada; d'una manera especial les celebracions litúrgiques, que han reunit gent dels pobles de Menorca, d'atres llocs de Balears, de Catalunya i Península.

Cada matí es va fer una llarga pregària que ajudava a centrar tot el dia i que venia completada amb la celebració litúrgica del capvespre i vespre. El **Dijous Sant** va ocupar el lloc central la celebració de l'Eucaristia en la que es va reflexionar especialment sobre els signes que fa Jesús: el signe de voler celebrar la festa, el signe de la fracció del pa, el signe de rentar els peus i el signe de la pau, juntament amb una reflexió sobre el sacerdoci ministerial dins l'Església. A la nit, una vetlla de pregària en torn al testament de Jesús. El **Divendres Sant**, la pregària del matí, seguida d'uns muntatges audiovisuals per als fiets i també per als majors; s'ha cregut molt important que els fiets i fietes puguessin seguir al seu nivell la Setmana Santa; al capvespre l'audició de la Passió de Sant Mateu de J. S. Bach, de Eugen Jochum, va ser un bon preludi per a l'Acció Litúrgica en la que es va destacar el seu caràcter auster i penitencial. Ja al fosquet, una estona de pregària des de les explanades del Casal, fent un Via-Crucis contemplatiu de Menorca des de la Creu de Jesús, i en el que després de les diferents lectures i comentaris, el qui volia, espontaneament pregava en nom de tots mirant la nostra illa. El **Dissabte Sant** es va caracteritzar per ser un dia de silenci esperançat. Després de la pregària del matí i repartits en grups es va elaborar un "missatge pasqual" que fos expressió del que significa la Resurrecció de Jesús dins la pròpia vida de cristians i d'una manera especial en aquests moments de vivència del misteri pasqual. També el capvespre va ser projectat un muntatge audiovisual que presenta d'una manera al·legòrica el pas de "morir" a "ressuscitar", constant en tota la vida d'un seguidor de Jesús. La **Vetlla Pasqual** va posar punt final a aquests dies dedicats a viure de ple allò més fonamental de la nostra fe, una vetlla pausada, però densa en tots

els aspectes i molt participada per tots els assistents. En ella es va llegir el missatge pasqual que volem fer extensiu a tots els qui compartim la joia de la presència de Crist Ressuscitat entre nosaltres.

Es com segueix:

MISSATGE PASQUAL

A partir de la vivència comunitària de la Pasqua, un grup de cristians procedents de diferents pobles de la nostra Illa, i de diverses edats, nos sentim empesos a fer participar —amb tota la il·lusió de que som capaços— la descoberta que hem fet d'unes qüestions que afecten fortament a sa nostra identitat com a poble i com a creients.

Per açò, **els nostros AL.LOTS i AL.LOTES**, manifesten:

Que CRIST és per noltros lo més important, un bon mestre i un bon company, que mos ha donat la vida i tot lo bo.

Que descubrim la seva presència com una veu que mos orienta, que mos fa entendre lo que és perdonar a un amic o a una amiga, també en les lectures de les celebracions i acompanyant a través de Menorca a Jesús camí del Calvari, el fosquet del Divendres Sant sense por ni al fred, ni al vent, ni a la fosca.

Que la nostra vida ha de servir perque tots els fillets i al.lots puguin viure, tenir prou menjar, escoles i uns pares que s'estimin i els estimin.

Els nostros JOVES hi afeixeigen:

Que CRIST és per noltros, una esperança per anar fent camí, un amic que mos ajuda, i per alguns, encara una incògnita, un dels possibles camins.

Que la nostra Fe l'experimentam sobretot dins els Grups de Joves, treballant dins les nostres Comunitats Cristianes o col·laborant en qualsevol activitat formativa que mos ajudi a créixer com a persones.

Que la nostra vida té un sentit en la superació dels fracassos personals, comptant sempre amb els altres, per arribar a un compromís seriós de servei i lluitar per deixar un món millor. I també que la vida és un plaç que se mos dóna per aconseguir la Resurrecció.

Que volem ser signes de reconciliació, d'alegria, de pau, de servei, de justícia, de llibertat, d'agraïment,... d'AMOR.

I, finalment, **TOTS JUNTS, els AL.LOTS, JOVES i MAJORS** deim:

Que CRIST és Llum i força, que mos acompanya en els altibaixos de la vida, que dóna sentit als sofriments i a les alegries, tant que sense Ell no sabem que fer. Que mos empeny a una recerca constant, mos orienta cap a la conversió i la salvació.

Que partim de la descoberta que en feim cada dia en la Paraula i en l'Eucaristia, en l'oració —personal i comunitària— en la vivència dels misteris pasquals, en una catequesi d'adults, en la mort de persones es-

timades, en el dolor dels germans, en els nostros problemes econòmics, en l'alegria del naixement d'un fill, en la paraula d'un bon amic.

Que només en CRIST trobam sentit a la nostra vida, que mos duu cap a un vertader compromís personal, familiar, cultural, social i polític, que s'ha de fer realitat:

—Tractant amb gran respecte a totes ses persones, sigui quina sigui la seva ideologia, condició i nivell cultural.

—Mostrant-nos tal com som, assumint els nostros defectes, oberts als demés, en actitud dialogant.

—Essent missatgers d'amor, testimonis de Fe davant la mort i les desgràcies.

—Ajudant a descobrir el missatge fonamental del Cristianisme: "un Déu que mos estima i que mos salva".

—Pregant per la vinguda del Regne, integrats dins una comunitat.

—Educant, com a pares o com a mestres, per l'amor.

—Donant als nostros fills un testimoni d'amor i de vida cristiana autèntica.

—Essent signes d'amor, com a parella, davant els joves i els altres matrimonis.

—Visquent en llibertat, i encara que dèbils, fermes en l'esperança.

—Mostrant als qui mos rodejen que el Cristianisme no és una sèrie de pràctiques sinó una manera d'entendre la vida.

—Establint dins la nostra família una escala de valors acord amb la nostra Fe.

—Ajudant a que el nostro Poble recuperi les seves senyes d'identitat i fonamentant la comunicació de bens —materials i intel·lectuals, com també els espirituals— entre les distintes poblacions de la nostra Illa, tenint especialment presents els pobles més petits.

—Prestant especial atenció als més necessitats de la nostra societat: malalts, minusvàlids, subnormals, persones majors, immigrants i a tots els marginats.

—Estimant les nostres coses, el nostro paisatge, la nostra cultura, la nostra llengua, els nostros costums, i per açò, conèixer les nostres realitats històriques, geogràfiques, literàries, etc., elevant amb interès el nostro nivell de formació i d'informació, ja que res de lo que succeeix en el món mos pot esser extrany.

—Fent una crítica constructiva dels fets socials i polítics.

—Participant a distint nivell, però amb responsabilitat, dins les Associacions de Pares, de Vesins, partits polítics, Ajuntament, etc.

Tot açò ho creim possible amb els ulls posats en la Mare de Jesús, que baix l'advocació "del TORO", els menorquins l'estimam també com a Mare de l'Església, mare nostra.

Desitjam que aquest Casal compleixi la funció d'ésser un lloc de comunió per a tots, on ens hi trobem sempre com a ca nostra.

— — — — —

Som conscients de que aquest és un camí que hem d'anar fent dia a dia, sense deixar que decaigui mai l'il·lusió i l'esperança, ja que no ho feim moguts només per motivacions humanes, sinó a partir d'una promesa "d'un cel nou i una terra nova" que, avui i cada dia, és ja realitat en la resurrecció del CRIST.

Santuari de la Mare de Déu del Toro, nit de Pasqua 1979

DE CARA AL MES DE MAIG

Diumenge, dia 6 de maig

FESTA DE LA MARE DE DÉU DEL TORO I BENEDICCIÓ DELS CAMPS

Essent el dia 8 de maig la festa de la Patrona de Menorca, la Mare de Déu del Toro, i a fi de que tots els menorquins que ho desitgin puguin participar dels actes que s'organitzen en aquesta ocasió, se celebrarà la festa de la Mare de Déu el diumenge, dia 6, amb la solemne concelebració de l'eucaristia presidida pel Sr. Bisbe i a continuació, es farà l'acostumada benedicció dels camps de Menorca. Tots hi sou convidats, i d'una manera especial els pagesos, ja que pregarem especialment sobre els termes de la nostra illa. Pregam que els capellans encarregats de les parròquies i comunitats ho comuniquin a tots els feals. L'Eucaristia serà com sempre, a les 11 del matí.

JORNADA MUNDIAL DE PREGÀRIA PER LES VOCACIONS

El mateix dia 6 de maig, se celebra en tot el món la Jornada de Pregària per les Vocacions consagrades. Per aquest motiu i per especial encomana del Papa Joan Pau II, hi haurà una trobada de pregària a la Catedral, a Ciutadella, el mateix diumenge, a les 5.30 del capvespre, que acabarà amb la celebració de l'Eucaristia. Aquest acte substituirà el recés que el Sr. Bisbe dirigeix mensualment al Seminari. Es prega especialment l'assistència a tots els capellans, religiosos, religioses i seminaristes, com també a tot el Poble de Déu, en aquesta jornada de pregària per les vocacions.

dimarts, dia 8 de maig

DIA DE LA MARE DE DÉU DEL TORO

El dimarts, dia 8 de maig, dia de la Mare de Déu del Toro, hi haurà al Toro una missa vespertina, a les 8 del vespre, a fi de facilitar l'assistència dels qui ho desitgin.

diumenge, dia 13 de maig

II TROBADA DE JOVES 1979

El diumenge, dia 13 de maig, es celebrarà al Toro la II Trobada de joves d'enguany. El tema és el de les dues benaventurances que se refereixen a la justícia. Amb aquesta trobada es concluirà el treball que s'ha anat fent aquests dos anys en torn a l'estudi de les benaventurances de l'Evangeli. L'Eucaristia serà oberta a tothom i també serà, com cada diumenge, a les 11 del matí.

dissabte-diumenge, dies 26-27 de maig

TROBADA DE "CÀRITAS" AL TORO

Ja fa temps que es va preparant una trobada-curset de "Càritas" al Toro des de la Delegació Diocesana de Càritas. També, la celebració de l'Eucaristia dominical, a les 11, al Toro, el diumenge, tindrà un caràcter especial des de la trobada.

Durant aquest mes de maig

X ANIVERSARI DE L'AGRUPAMENT ESCOLTA "FEDERICO PAREJA" (Ciutadella)

Ja s'estan celebrant diversos actes de tipus cultural i propis de l'Escultisme durant aquests mesos amb motiu del X Aniversari que celebra aquest any l'Agrupament de l'Escultisme Catòlic "Federico Pareja" de Ciutadella. En la presentació del programa que han publicat diuen: "...i esteim també contents perquè hem sabut, al llarg d'aquests deu anys, perdurar dins una ideologia escolta que s'ha anat concretant i aplicant als nostres problemes i alegries, deixant darrera deu anys basats en la formació d'una joventut escolta. També deim que és una responsabilitat el fet de poder millorar i mantenir-nos en la línia que fins ara hem duit. Per açò creim que ha de ser entre tots, Educadors, Pares i al.lots, que cada un en el seu lloc, complexqui la missió pedagògica de l'agrupament. En aquest aniversari ens alegrem de poder-los convidar a tots els actes i desitjam que amb l'ajuda de tots no siguin els darrers 10 anys que celebrem."

El diumenge, 20 de maig se celebrarà la gran diada del X aniversari amb l'acampada per totes les unitats (a sa Bufera). Es una bona ocasió per agrair a tots els qui durant aquests anys han ajudat a que l'agrupament "Federico Pareja" ja tengui 10 anys de història, i especialment al seu fundador, el salesià Quique Granell.

dijous, dia 24 de maig

FESTIVITAT DE MARIA AUXILIADORA, PATRONA DE CIUTADELLA

El dijous, dia 24 de maig, se celebrarà a la nostra diòcesi i especialment a Ciutadella la festa de la seva Patrona, Maria Auxiliadora.

SESSIÓ DEL PRADO PER A CATALUNYA, VALÈNCIA I BALEARS

(Introducció al coneixement i pràctica de les intuïcions fonamentals del Prado — Associació sacerdotal — i dels seus mètodes de treball)

DATES: Del 10 de juliol (hora de sopar) al 20 de juliol (tot el dia)

LLOC: MANRESA (Barcelona) Casa d'Exercicis "Cova de Sant Ignasi".
(Comunicacions: Des de Barcelona, tren cada dues hores — Plaça Catalunya)

No és una sessió bàsicament intel·lectual, sino un treball a partir de la vida i de l'acció pastoral il·luminades per l'Evangelí. Intenta ser, doncs, una autèntica experiència espiritual en funció d'una opció evangelitzadora. Per això procurem conjuminar les pistes de reflexió, el diàleg, la pregrària, el treball personal continu i tranquil i l'aprofundiment en grups.

Tota la sessió girarà entorn d'aquests temes:

- L'evangelització dels pobres.
- Estudi de l'Evangelí.
- Contemplació de la vida.
- Evangelització i realitats col·lectives.
- Revisió de vida.
- Llibertat missionera i comunió eclesial.
- La vida d'equip com a lloc d'experiència espiritual i de dinamisme evangelitzador.

* * *

Per diferents raons, les places són limitades. Us demanem, doncs, que feu l'inscripció abans del 10 de juny.

Adreceu-vos, tant per l'inscripció com si voleu més informació a:

Preu de la pensió:
600 ptes. dia.

Florenci Costa
c/ St. Bartomeu, 12, 1er.
SANTA MARGARIDA DE MONTBUI
(Barcelona)
(Per Igualada)
Telef. (93) 803 37 91

ESGLÉSIA DE DE MENORCA

Butlletí oficial
del Bisbat

Núm. 6 - JUNY - 1979

dijous, dia 24 de maig

FESTIVITAT DE MARIA AUXILIADORA, PATRONA DE CIUTADELLA

El dijous, dia 24 de maig, se celebrarà a la nostra diòcesi i especialment a Ciutadella la festa de la seva Patrona, Maria Auxiliadora.

SESSIÓ DEL PRADO PER A CATALUNYA, VALÈNCIA I BALEARS

(Introducció al coneixement i pràctiques de les intuïcions fonamentals del Prado — Associació sacerdotal — i dels seus mètodes de treball)

DATES: Del 10 de juliol (hora de sopar) al 20 de juliol (tot el dia)

LLOC: MANRESA (Barcelona) Casa d'Exercicis "Cova de Sant Ignasi".
(Comunicacions: Des de Barcelona, una cada dues hores — Plaça Catalunya)

No és una sessió bàsicament intel·lectual, sino un treball a partir de la vida i de l'acció pastoral il·luminades per l'Evangelí. Intenta ser, doncs, una autèntica experiència espiritual en funció d'una opció evangelitzadora. Per això procurem conjuntament les pistes de reflexió, el diàleg, la pregrària, el treball personal continu i tranquil i l'aprofundiment en grups.

Tota la sessió girarà entorn d'aquests temes:

- L'evangelització dels pobres.
- Estudi de l'Evangelí.
- Contemplació de la vida.
- Evangelització i realitats col·lectives.
- Revisió de vida.
- Llibertat missionera i comunió eclesial.
- La vida d'equip com a lloc d'experiència espiritual i de dinamisme evangelitzador.

* * *

Per diferents raons, les places són limitades. Us demanem, doncs, que feu l'inscripció abans del 10 de juny.

Adreceu-vos, tant per l'inscripció com si voleu més informació a:

Preu de la pensió:
600 ptes. dia.

Florenci Costa
c/ St. Bartomeu, 12, 1er.
SANTA MARGARIDA DE MONTBUI
(Barcelona)
(Per Igualada)
Telef. (93) 803 37 91